

# Treball de Fi de Grau

## Títol

La Mina, jueves 10:00 de la mañana

RADIOGRAFÍA A LA MINA: LA VIDA DETRÁS DEL ESTEREOTIPO

## Autoria

ALEJANDRO GIMÉNEZ GÓMEZ

## Professorat tutor

DAVID VIDAL

## Grau

Comunicació Audiovisual	
Periodisme	X
Publicitat i Relacions Públiques	

## Tipus de TFG

Projecte	X
Recerca	

## Data

24/05/2019

# Full resum del TFG

## Títol del Treball Fi de Grau:

<b>Català:</b>	La Mina, dijous 10:00 del matí		
<b>Castellà:</b>	La Mina, jueves 10:00 de la mañana		
<b>Anglès:</b>	La Mina, Thursday 10:00 in the morning		
<b>Autoria:</b>	Alejandro Giménez Gómez		
<b>Professorat tutor:</b>	David Vidal		
<b>Curs:</b>	2018/19	<b>Grau:</b>	<b>Comunicació Audiovisual</b>
			<b>Periodisme</b>
			<b>Publicitat i Relacions Públiques</b>
			X

## Paraules clau (mínim 3)

<b>Català:</b>	La Mina, gitanos, drogoaddicció
<b>Castellà:</b>	La Mina, gitanos, drogadicción
<b>Anglès:</b>	La Mina, gypsies, drug addiction

## Resum del Treball Fi de Grau (extensió màxima 100 paraules)

<b>Català:</b>	Relat de periodisme literari sobre el barri de La Mina (Sant Adrià de Besòs) construït mitjançant d'entrevistes amb els seus veïns i habitants. Drogoaddicció, deixadesa, absentisme escolar i conflicte social explicat per la seva gent.
<b>Castellà:</b>	Relato de periodismo literario sobre el barrio de La Mina (Sant Adrià de Besòs) construido a través de entrevistas con sus vecinos y habitantes. Drogadicción, dejadez, absentismo escolar y conflicto social explicado por sus gentes.
<b>Anglès:</b>	A new journalism's story about the neighborhood of La Mina (Sant Adrià de Besòs) built through interviews with its neighbors and residents. Drug addiction, listless, school absenteeism and social conflict told by its people.

## ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN.....	Pág.1
2. OBJETIVO.....	Pág. 2
3. ESTILO Y METODOLOGÍA.....	Pág. 6
3.1 PERIODISMO LITERARIO.....	Pág. 6
3.2 LA ANACRONÍA.....	Pág. 14
4. EL ESCENARIO.....	Pág. 18
4.1 HISTORIA DE LA MINA.....	Pág. 18
4.2 LOS PROBLEMAS DE CONVIVENCIA SOCIAL.....	Pág. 42
5. EL REPORTAJE.....	Pág. 47
6. BIBLIOGRAFÍA.....	Pág. 66

## **1. INTRODUCCIÓN**

En las siguientes páginas se detallará al completo el marco teórico en el que el autor encuadra su reportaje. *Radiografía a La Mina, la vida detrás del estereotipo* es una pieza de carácter literario de no ficción en la que, a través de un trabajo de periodismo inmersivo, se explica el día a día de uno de los barrios más conocidos del área metropolitana de Barcelona.

A la hora de elaborar el reportaje se han tenido en cuenta diversos factores. En este marco teórico se desarrollarán todos los referentes previos utilizados y consultados para dar forma al relato. Este apartado, a su vez, estará dividido en tres grandes bloques. En primer lugar, una explicación del objetivo principal del reportaje, en la que se habla sobre las motivaciones, objetivos, inspiraciones y justificaciones sociales detrás de su realización. Acto seguido, se pasará a hablar sobre estilo y metodología. En este apartado se exponen los diferentes autores y libros consultados en materia de construcción del relato, y no tanto del contenido del mismo. En tercer y último lugar, un apartado destinado a hablar sobre el escenario en el que se enmarcan los hechos del reportaje. Una mirada a la historia del barrio de La Mina con la que se pretende poner en contexto al lector y explicar las motivaciones detrás de la elección de este territorio concreto.

## **2. OBJETIVO**

La principal motivación a la hora de realizar este reportaje es “romper”, o al menos ayudar a ello, con los estereotipos creados en torno al barrio de La Mina. Durante sus más de 40 años de historia, La Mina siempre ha sido considerada por los ciudadanos de Barcelona y los alrededores como el barrio más peligroso de la zona. Un lugar conflictivo en el que abunda la droga, la delincuencia, el fracaso escolar o la violencia. Un barrio en el que nadie desea vivir, salvo por obligación. Un lugar del que todo el mundo quiere salir. Un destino al que solo se llega por pura necesidad y desesperación. La última opción de todo ciudadano para vivir.

Este estereotipo no es algo inventado; se trata de una mirada concreta a la que se le ha ido dando forma a lo largo de los años. En cierta parte, construida por sucesos reales y datos estadísticos (que más tarde serán explicados en otros apartados) como la tasa de paro, el grado de analfabetismo o el abandono escolar. Aún así, el principal factor que ha influido a la hora de construir esta imagen tan peligrosa y poco deseada de La Mina, o al menos eso indican tanto los expertos que han escrito al respecto (como más adelante veremos) y los vecinos consultados a la hora de realizar este reportaje, ha sido la mala prensa.

Durante años, la prensa, y no sólo de Barcelona, se ha dedicado a pasar por alto los acontecimientos positivos o “normales” que tenían lugar en barrio. Con un imaginario positivo inexistente, La Mina ya tenía de por sí una imagen negativa o desconocida de cara a las personas que no residen en el barrio, por el hecho de que nunca se habla de ella. Pero, además, esta imagen negativa se ha visto agravada porque la mayoría de las veces que La Mina aparece en la prensa, y especialmente en grandes cabeceras del territorio como *El Periódico* o *La Vanguardia*, es para hablar sobre problemas, conflictividad y delincuencia.

De esta forma, ante la ausencia o número muy reducido de noticias positivas y con la constante información de carácter negativo sobre los problemas del barrio, se ha construido una imagen de La Mina con un estigma totalmente negativo. Cuando un ciudadano de Barcelona piensa en La Mina, se le viene a la mente droga, conflicto y

caos. Se le vienen a la cabeza un sinfín de problemas y una idea muy clara: “Allí no me quiero ni acercar”.

Partiendo de la premisa de que los medios han construido una imagen negativa del barrio, tan grande que, hasta a título personal, a la hora de plantear este reportaje tenía presente siempre esta imagen del barrio en mi mente sin tan siquiera haberlo visitado alguna vez, se toma la decisión de realizar este trabajo.

¿Será La Mina un barrio tan peligroso como dicen? ¿Es el peor lugar para vivir de toda Barcelona? ¿Se moverá tanta droga? ¿Habrá tantos problemas? ¿Es tan insegura que con solo pasear te sientes en peligro? ¿Por qué la gente vive ahí sabiendo esta realidad? ¿Habrán exagerado los medios de comunicación? ¿Habrá algo bueno de verdad en este barrio olvidado? ¿Merece la pena conocer a sus gentes?

Estas fueron algunas de las preguntas que pasaron por mi cabeza cuando empecé a leer con mayor profundidad informaciones relacionadas sobre el barrio de La Mina. Bajo este pretexto nació en mí una curiosidad, una necesidad, de ir allí, vivir todo en mi propia carne, verlo todo por mis propios ojos y crearme una opinión clara. Ya que los medios ofrecen una versión completamente estigmatizada, o al menos eso parece por la cantidad de noticias negativas que nos llegan, decidí ir a ver la realidad por mí mismo, a través de las gentes que realmente habitan en La Mina día a día, y no a través de notas de prensa o personas que ni tan siquiera han paseado unas horas por sus calles.

Por lo tanto, el objetivo principal de este reportaje es ofrecer una visión lo más cercana a la realidad posible de La Mina. La hipótesis principal que planteaba al comenzar mi trabajo de investigación es “La Mina no es un barrio tan negativo y problemático como nos quieren hacer ver los medios de comunicación”. Partiendo de aquí, mi gran meta era romper con todo estereotipo posible construido sobre el barrio. Sin embargo, pensar de esta manera “excesivamente” positiva podía traerme problemas también, ya que el hecho de querer buscar todo detalle positivo en algo negativo o conflictivo te puede hacer transmitir una versión final de la realidad no tan fidedigna como piensa e, incluso, tan edulcorada o manipulada como la que intentas contradecir.

Ante este problema, modifiqué algunos aspectos del objetivo de mi trabajo. La meta final, la ideal que a uno le gustaría alcanzar, es romper con el estereotipo creado en torno al barrio, pero con algunos matices. En el caso de que este clima de conflictividad, delincuencia y droga fuera tan grave como nos explican los medios de comunicación, trabajaría para conocer al detalle la problemática y a sus protagonistas, para poder explicar las motivaciones detrás de cada una de estas cuestiones. En este caso, por poner un ejemplo para que quede más claro, en el caso de que diera con personas que me confirmaran que los problemas con la droga son tan graves como se reporta, investigaría para entender por qué existe este problema y por qué los ciudadanos y vecinos de este barrio tienen que recurrir a este tipo de prácticas.

En definitiva, el objetivo de *Radiografía a La Mina, la vida detrás del estereotipo* es acercar al lector al día a día del barrio, sin tapujos y prejuicios. Saltar la capa superficial e informativa que muestran los grandes medios de comunicación con sus noticias y profundizar en el aspecto social. Construir un relato en el que la droga o los conflictos sean vistos como algo normal, para así poder eliminar todo estereotipo y escuchar lo que tienen que decir las personas del barrio, sus habitantes, sus vecinos, aquellos que le dan vida a la zona y construyen, con sus acciones día a día, la vida y el relato real del barrio. Explicar La Mina desde dentro. Un relato desde los vecinos, para los vecinos. Una mirada detrás del estereotipo.

Hacer también, antes de continuar, un ejercicio de autocrítica en relación al trabajo realizado. En un principio, el objetivo principal era hablar con el mayor número de colectivos posibles para obtener una visión lo más representativa del barrio de La Mina y su composición social. Entre los planes originales estaba entrar a diferentes casas para comprobar de primera mano el estado de los deteriorados edificios por dentro y conversar con personas de todo el abanico de nacionalidades que reside en el barrio (catalanes, españoles, gitanos, paquistanís, latinoamericanos, árabes y rumanos). De esta forma, el relato podría construirse sin la influencia excesiva de un único colectivo.

Con el paso de las semanas, sin embargo, la estructura del reportaje fue cambiando y se tuvieron que realizar algunos cambios sobre la marcha. A la hora de realizar el trabajo de campo aparecieron problemas a la hora de conseguir la información y los

que, a priori, eran los contactos a través de los cuáles conseguiría las entrevistas, se mostraron más cerrado y herméticos de lo originalmente esperado.

De esta forma, el reportaje contiene mucho trabajo de campo, pero las visiones de vecinos se reducen a lo originalmente pensado. El relato, principalmente, gira en torno al discurso del pueblo gitano de La Mina. Junto a él, entran voces de vecinos de otras nacionalidades, orígenes y edades. El reportaje acaba siendo colectivo, un conjunto de voces, pero no tan plural como en un principio había pensando debido, una vez más, a las dificultades que hay para encontrar gente dispuesta a hablar e información desde el corazón del barrio de La Mina.

Junto a este objetivo principal de construir un relato cercano, transparente y carente de estereotipos, el reportaje, en cuestiones de forma y estructura, tiene otras motivaciones detrás. A la hora de escribirlo, me planteé el trabajo como un ejercicio de periodismo inmersivo y literario, con gran abundancia del trabajo de campo. De esta forma, atrás queda el tono informativo de las noticias, secas y con un lenguaje muy preciso carente de adjetivos o calificativos, para dar paso a una forma de escritura más colorida y cercana al lector.

El reportaje se trabaja como una pieza narrativa, con grandes elementos, trazas e influencia de la literatura, para encumbrar, más si cabe, la literatura de no ficción. Este estilo de periodismo, además, pretende romper con los esquemas más tradicionales a la hora de realizar un reportaje de carácter explicativo y social.

Al igual que el fin del contenido es romper con los estereotipos creados sobre el barrio de La Mina, el objetivo del estilo y la forma de escribir es romper con las barreras y estereotipos que, todavía en 2019, siguen estando presentes en el periodismo: la objetividad, la existencia de un relato único y el uso de un lenguaje lo más alejado posible de lo literario y narrativo.

Las cuestiones de influencia y estilo, así como los referentes y trabajos previos consultados a la hora de escribir este trabajo, serán descritas con detalle en el siguiente apartado de este marco teórico.

### **3.ESTILO Y METODOLOGÍA**

#### **3.1 PERIDISMO LITERARIO**

Como se presenta en la introducción, este reportaje está escrito utilizando un estilo “diferente” al habitual cuando se trabaja la información en el periodismo. En este caso, se abandona la estructura cerrada, el molde, las limitaciones y la premisa de “objetividad” del tono informativo para dar rienda suelta a la creatividad. En este reportaje, se hace un ejercicio de inmersión en el entorno y se presentan los resultados a través del periodismo literario. A través del denominado *Nuevo Periodismo*.

*Nuevo Periodismo* es un término establecido por el famoso y reconocido periodista Tom Wolfe. El de Richmond (Virginia) recopiló una serie de textos de la que era la nueva corriente periodística en su época y editó, en el año 1973, un libro titulado *El Nuevo Periodismo*.

Antes de que Wolfe le pusiera nombre y etiquetas a este estilo, sin embargo, ya se estaban realizando trabajos de esta índole. Pasada la Segunda Guerra Mundial, en Estados Unidos, y enmarcado dentro del asentamiento de la *Cultura Pop*, el periodista John Hersey publicaría en *The New Yorker* el que es considerado por muchos como el primer gran ejemplo de *Nuevo Periodismo* en un gran medio de comunicación, *Hiroshima*.

A partir de aquí, en este periodo, aparecerían dos grandes géneros bastante similares pero cuyos autores se esforzaron por diferenciar. Por un lado, el reportaje novelado, una pieza en la que se recurre a técnicas de composición y estilo propias de la novela realista para aplicarlas a un reportaje. Por otro, la novela reportaje, que comparte todos los rasgos principales de una novela, solo que la información utilizada es la propia de un reportaje.

Bajo este pretexto, Tom Wolfe aparece con *El Nuevo Periodismo* para recopilar todo el trabajo realizado por sus compañeros de profesión en las dos últimas décadas y crear lo que sería una especie de guía o referente para generaciones posteriores en lo que al periodismo literario respecta.

Dentro de este libro, Wolfe expone los que, para él, son los cuatro factores principales que tiene todo texto dentro de la corriente del *Nuevo Periodismo*:

- Construcción escena por escena, para ayudar a situar al lector.
- Registro total del diálogo, siendo fiel a conversaciones realistas.
- Relato global del personaje, haciendo especial hincapié en los detalles para ilustrarle al lector todo lo que sucede en el relato.
- Punto de vista, en el que se integra la persona para empoderar al periodista.

Este último punto tiene gran importancia ya que, históricamente, la figura del periodista-autor quedaba siempre oculta en sus escritos. Ahora, en el *Nuevo Periodismo*, el periodista no sólo no quedaba escondido, sino que pasaba, en algunos casos, a ser el protagonista de la narración. A la hora de usar el punto de vista, además, Wolfe distingue dos métodos principales:

- *Showing*, es decir, mostrar lo que sucede, sin narración tradicional, a través de sumario y diálogo.
- *Telling*, utilizando la voz narradora más clásica que sirve para conducir la historia en todo momento.

Antes de continuar con el análisis de la obra de Wolfe, merece la pena detenerse en la visión del periodismo literario de la periodista argentina Leila Guerriero. En su obra, Guerriero tenía presente siempre un elemento fundamental muy ligado a esta corriente periodística, la etnografía, es decir, la parte de la antropología dedicada a observar y describir los aspectos característicos de una cultura. Este elemento no solo es fundamental en el periodismo literario, dónde el trabajo de campo es un requisito indispensable, sino que también sienta las bases del reportaje que continúa a este marco teórico.

En el caso de Leila Guerriero, la periodista elaboró su particular lista de características básicas de una pieza de periodismo literario, las cuáles recoge la periodista y antropóloga Laia Seró en su Trabajo de Fin de Máster de la siguiente manera:

1. Toma recursos de la ficción para explicar una historia real y monta una arquitectura tan atractiva como la de una buena novela.
2. Se construye sobre el arte de mirar.
3. Es lo opuesto a objetividad. Es una mirada, una visión del mundo, una subjetividad honesta.
4. Para ver no hace falta estar ahí nada más: para ver, hay que volverse invisible.
5. Solo se comprende conociendo, y solo se comienza a ver comprendiendo. Y únicamente cuando se comienza a ver, se puede explicar.
6. La unidad de trabajo ya no es el dato, sino la escena.
7. Se ha de tener alguna cosa que decir.
8. Se ha de conocer la realidad que el hombre se dispone a narrar. Saber de qué se habla.
9. Se ha de descubrir la mejor forma de explicar la historia.
10. Es un instrumento para pensar, crear y ayudar. El periodista escribe para crear un efecto.
11. Escribe sobre gente común, en circunstancias absolutamente extraordinarias y sobre gente extraordinaria en circunstancias comunes.
12. La clave del periodismo narrativo reside en que, hablando de otros, hablamos de nosotros mismos.
13. De todos los recursos de la ficción que el periodismo puede utilizar, hay uno que está vetado: el recurso de inventar.

Explicada la visión de Leia Guerriero, conviene seguir con el relato de Wolfe. En la primera parte de su libro, Wolfe también explica que este *Nuevo Periodismo* sirve como herramienta fundamental para dar voz a temas alejados de los grandes focos, fuera del *main stream*. Este es un factor fundamental ya que, a partir de esta época, la mayor parte de cronistas y periodistas que han querido o intentado explicar realidades ocultas se han ayudado del estilo literario. Esta es una buena estrategia para acercar al lector a lo desconocido, conectar con él y aumentarle el interés por temas que, a priori, no tendrían por qué interesarle.

El uso del periodismo literario sigue siendo objeto de debate entre compañeros de profesión hoy en día, sin embargo, hace décadas, cuando Wolfe decidió escribir *El Nuevo Periodismo*, la “tensión” era todavía mayor.

Antes de la llegada y el asentamiento de este estilo de escritura, del reportaje novelado y la novela de no ficción, las fronteras entre escritores y periodistas eran muy grandes, o al menos así pretendían que fueran los que Wolfe catalogaba como “los de arriba” (novelistas).

En los años 70, detalla Wolfe en su obra, la literatura y el periodismo eran dos mundos completamente diferentes, entendidos como puros opuestos. Los escritores se negaban a ser comparados con los periodistas; mientras que estos últimos, por su parte, buscaban, en palabras de Wolfe, “un periodismo que se pudiera leer igual que una novela”.

Cuando hablamos sobre el aumento de protagonismo del periodista dentro de sus trabajos, abandonando por completo la necesidad de las noticias de eliminar su figura por completo del texto, es inevitable hablar de otro de los grandes periodistas de este género, Norman Mailer.

En *El Nuevo Periodismo*, Tom Wolfe, dentro de su egocentrismo particular, alaba el uso del punto de vista autobiográfico de Mailer. En el trabajo de este podemos observar el uso de un punto de vista autobiográfico que permite eliminar por completo la figura del “yo” para crear un personaje propio. Esto explica que, en algunos textos de Mailer como *En la Cima del Mundo* o *El Combate*, los protagonistas del relato sean personajes llamados “Mailer” o “el periodista”. El autor, durante los textos, crea su propio personaje para facilitar la conexión entre el texto y el lector. De nuevo, en palabras de Wolfe en *El Nuevo Periodismo*: “Mailer crea un clima afectado, nostálgico y en conjunto agradable”.

Más allá de esta capacidad para trabajar el punto de vista autobiográfico “desde fuera”, otra de las cualidades por las que destacaba Mailer, y que ha sido de gran ayuda e inspiración a la hora de realizar el reportaje que sigue a este marco teórico, es la representación de los personajes. En el caso de los dos libros citados en el párrafo anterior, Mailer realiza un trabajo de campo excelente y consigue crear un retrato

humano, sincero, transparente y cercano del considerado por muchos expertos como el mejor boxeador de todos los tiempos, Muhammad Ali. Huyendo de todo tipo de estereotipo, Mailer consigue humanizar un personaje que pertenece al imaginario colectivo y lo introduce en la historia de forma excepcional.

En otro de sus títulos, *Un Arte Expectral*, Mailer profundiza y reflexiona sobre otros aspectos del *Nuevo Periodismo* que Wolfe pasa por alto en su relato. Además del ya citado uso del diálogo, Norman Mailer relata la importancia de la metáfora. El autor entiende este recurso como la clave para que el lector pueda comprender la forma que tiene un escritor de captar, entender y leer la realidad:

“Las novelas mejoran mucho cuando descubres algo que no sabes que sabías: una comprensión aguda de uno de sus personajes más opacos, una metáfora que te asombra mientras la estás asentando, una verdad -por cierto se siente como una verdad- que solía eludirte”

Continuando con este recurso predilecto de Norman Mailer (la metáfora), nos vemos obligados a citar a otro reconocido cronista, en este caso uno catalán. El sabadellense Plàcid Garcia-Panas siempre se ha mostrado como uno de los grandes abanderados de la paradoja y la metáfora en el periodismo literario español. Corresponsal de guerra durante muchos años, Garcia-Planas decidió hacer del detalle y la metáfora sus mejores aliados. Ante la necesidad de condensar la realidad en un espacio tan pequeño, el periodista decide fijarse en lo que pasa desapercibido para construir un relato a su alrededor.

En el prólogo de su libro *Jazz en el Despacho de Hitler: Otras Formas de Ver las Guerras*, Plàcid Garcia-Planas cita a todos los lectores que se quejan de su interés por detalles “absurdos” y “sin importancia”. El autor se pregunta cuál es la mejor forma de explicar la guerra, si detallando las ofensivas del ejército afgano contra los talibanes o relatando el ansia de los soldados por grabar un combate en sus móviles Nokia. A través de esta reflexión podemos observar como, para explicar la realidad, una realidad desconocida, al gran público, a veces es necesario recurrir al detalle y a la comparación con cosas que están en su imaginario para cautivarles y hacerles entender mejor la realidad:

“La paradoja —y con ella el dolor y la melancolía— es quizá la forma más eficaz de explicar la guerra en una crónica. En especial si —pasa siempre— sólo tenemos un par de folios para relatarla. Al fin y al cabo, toda historia de la humanidad cabe en un pequeño envoltorio plateado y toda la historia del universo cabe en un telegrama: Big Bang”.

Puede que en el reportaje que da título a este trabajo no se habla de guerra, pero la lógica y la forma de entender el mundo de Plàcid Garcia-Planas es aplicable a muchos ámbitos de la vida que intenta explicar el periodismo a través de sus textos, como puede ser la vida en un barrio conflictivo y estereotipado como el de La Mina.

Continuando con el análisis del estilo literario utilizado en este reportaje, es necesario mencionar a la que fue mi mayor inspiración en lo que a crónica de no ficción respecta: Martín Caparrós.

Nacido en Buenos Aires (Argentina), Martín Caparrós es considerado por muchos uno de los grandes referentes del periodismo y la narrativa de no ficción de la historia contemporánea. Su forma de entender el en su día catalogado por Tom Wolfe *Nuevo Periodismo* y la importancia del periodismo en la sociedad han sido un referente para muchos autores de la generación actual.

En este caso, recuperamos algunos apuntes y extractos de su libro titulado *Lacronica*, un recopilatorio de crónicas que Caparrós escribió a lo largo de su carrera que viene acompañado de una serie de reflexiones acerca del periodismo literario. Un auténtico manual del estilo.

Caparrós explica que, para él, la crónica es aquel texto periodístico que se ocupa de aquello que no es noticia. Porque Caparrós es un autor que siempre se ha preocupado por explicar aquello que la gente todavía no sabe que quiere, una persona preocupada por la cuestión social y por relatar cuestiones del mundo que pasan, en muchos casos, desapercibidas.

En este caso, el periodista carga contra la figura del “público”, la cual considera una “mala excusa” para “malos escritores” que no son capaces de ir más allá y que necesitan encontrar una especie de referencia inventada para justificar lo que hacen

o dejan de hacer. Para Caparrós, un buen cronista no debe escribir a favor del público, sino que debe hacerlo “contra sí mismo”, contra sus propias limitaciones, contra sus propios límites, para ser capaz de ir más allá y superar la cortina de humo que supone la figura del “público”.

Esta interesante reflexión atenta por completo contra la concepción que vemos ahora en el periodismo aplicado a los grandes medios digitales, que acostumbran a escribir o dedicar más espacio a noticias de toque más sensacionalista o amarillista con tal de conseguir más visitas porque, se excusan, es lo que el público pide.

El periodismo literario, la crónica, por lo general, atenta contra ese principio e intenta contar otras historias. Lucha por romper un ciclo que describe a la perfección Caparrós en su libro: “Te doy basura, te entreno en la lectura de basura, te acostumbro a la basura, me pides más basura, te la doy”.

Una de mis motivaciones a la hora de escribir este reportaje es luchar contra los ideales implantados del periodismo que, por norma general, intenta explicar a mucha gente cosas que les pasan a unos pocos, generalmente los más poderosos. Para Caparrós, el periodismo se basa cada vez más en contarle a la gente cosas que no quieren saber. Esto puede parecer contradictorio, pero puesto en contexto tiene mucho sentido ya que, el público, si no conoce algo, piensa que no le interesa por el simple hecho de desconocimiento. La gente no es ignorante. Puede que, en muchos casos, no despierten interés en ellos algunas historias interesantes porque no le pusieron el interés suficiente o, simplemente, porque alguien no se lo contó de la forma adecuada.

La crónica, partiendo de este pretexto, era el género perfecto para relatar la historia de mi reportaje. La crónica, según explica Caparrós, es un género de no ficción en el que la escritura pesa más; es decir, una mezcla total de mirada y escritura.

Según expresó Caparrós en la ponencia sobre periodismo cultural iberoamericano durante el IV Congreso Internacional de la Lengua Española, celebrado en Cartagena de Indias en el año 2007, la crónica se puede entender de la siguiente forma:

“El cronista mira, piensa, conecta para encontrar (en lo común) lo que merece ser contado. Y trata de descubrir a su vez en ese hecho lo común: lo que puede sintetizar el mundo. La pequeña historia que puede contar tantas. La gota que es el prisma de otras tantas.

La magia de una buena crónica consiste en conseguir que un lector se interese en una cuestión que, en principio, no le interesa en lo más mínimo.

Porque la crónica, en principio, también sirve para descentrar el foco periodístico. El periodismo de actualidad mira al poder. El que no es rico o famoso o rico y famoso o tetona o futbolista tiene, para salir en los papeles, la única opción de la catástrofe: distintas formas de la muerte. Sin desastre, la mayoría de la población no puede (no debe) ser noticia [...]

La crónica se rebela contra eso cuando intenta mostrar, en sus historias, las vidas de todos, de cualquiera: lo que les pasa a los que también podrían ser sus lectores. La crónica es una forma de pararse frente a la información y su política del mundo: una manera de decir que el mundo también puede ser otro. La crónica es política”.

### **3.2 LA ANACRONÍA**

A la hora de escribir el reportaje que sigue a este marco teórico, me propuse seguir una estructura atípica. En vez de escribir un clásico relato con unos personajes marcados y un orden estrictamente cronológico, decidí hacer de mi texto algo diferente y disruptivo.

La idea principal de mi trabajo es relatar cómo se desarrolla la vida en el barrio de La Mina. Un entorno a priori conflictivo en el que, como desarrollo en el primer apartado de este marco teórico, intento sumergirme para conocer a sus gentes y ser capaz de escribir un relato honesto desde la cotidianidad y rompiendo, o al menos intentándolo, con todo estereotipo negativo creado a su alrededor.

Para conseguir esto, o al menos para acercar de una forma mejor el texto al público y conseguir esa conexión tan especial del periodismo literario que explicábamos en el apartado anterior, me propuse convertir mi reportaje en un conjunto de recortes, es una libreta con apuntes, en un diario de vivencias para que la gente, a través de su lectura, pudiera sentir y comprender en primera persona la complejidad de un mundo que los grandes medios se esfuerzan tanto por simplificar.

A la hora de hacer de mi reportaje un conjunto de recortes o pequeños escritos tomé como grandes referencias a dos autores. Alejándome un poco de los clásicos recopilatorios de crónicas que acostumbran a publicar los periodistas cuando su carrera avanza, que no comparten un nexo común ni se desarrollan en el mismo espacio, me centré en aquellos libros ya publicados que rompían con la cronología y apostaban por un orden desordenado, en el que el espacio tiempo cambia de forma constante. Este recurso, además, sirve para transmitir la sensación de que en la zona concreta de la que el periodista está hablando, existe cierta sensación de impredecibilidad en la que cualquier cosa puede suceder.

El primer gran autor al que estudié para entender cómo era meterse en un terreno desconocido a “tomar notas” fue Michael Herr. En este caso, el libro que mejor ejemplifica este tipo de práctica es *Despachos de Guerra*, publicado en el año 1977.

En este libro, Herr resume a la perfección su trabajo como corresponsal para la revista *Esquire* entre 1967 y 1969 en la guerra de Vietnam. Este trabajo le hizo ganar el Premio Internacional de Prensa, por lo rompedor que fue con el estilo instaurado en aquella época y la crudeza con la que describía el “infierno” que se vivía en Vietnam, algo que se alejaba mucho de las características notas informativas que acostumbraban a enviar los corresponsales para explicar el día a día en territorio extranjero. *Despachos de Guerra* es, además, uno de los trabajos que escoge Tom Wolfe para ejemplificar el estilo de esta nueva corriente en su libro *El Nuevo Periodismo*, que ya citamos en el apartado anterior.

Lo que hace diferente y rompedor a los textos de Herr es que habla de la guerra sin ningún tipo de concesión o miramiento. El autor escapa de estadísticas y términos militares y se zambulle de lleno en la vida del ejército. Herr convive día a día con los soldados y relata los entresijos, las conversaciones y las costumbres de cada uno de ellos con un uso de los detalles y el diálogo increíbles. Sus pequeños “recortes” en los que explica historias del día a día, por su estilo tan directo, consiguen no sólo impactar al lector, sino atraparles en el relato, mostrarles un mundo que, hasta entonces, era desconocido para ellos, tal y como decía Caparrós que tenía que conseguir la crónica, y guardar por siempre esas imágenes, sin tan siquiera verlas, únicamente leyendo, en sus cabezas.

*Despachos de Guerra* es también un ejemplo claro del mejor periodismo inmersivo. Herr decide convertirse en uno más dentro de la guerra, un hecho que, al haberse sometido a tal grado de estrés y haber vivido un número tan elevado de situaciones límite que al regresar, derivaría en que, al igual que el resto de soldados, acabaría teniendo traumas y pesadillas frecuentes. Herr, más que nunca, hace un ejercicio periodístico excelente, dejando todo prejuicio y miramiento atrás para sumergirse en la realidad de Vietnam y contarla al lector sin filtros, sin interferencias o intereses ocultos.

El otro gran referente utilizado para la redacción de este reportaje, más cercano en el tiempo y con mayores similitudes en cuanto al objeto de estudio (una ciudad/barrio), es *Ciudad del Crimen*, del periodista Charles Bowden.

En este relato, Bowden explica la realidad que se vive a diario en una de las ciudades más peligrosas de todo el mundo, Ciudad de Juárez, un lugar dónde la droga, la prostitución, las desapariciones, la violencia y los (incontables) asesinatos son tan habituales que pasan desapercibidos como algo “normal” para sus habitantes.

A la hora de trabajar sobre el barrio de La Mina el estilo utilizado por Bowden en este libro es una gran inspiración. Bowden vive durante meses en Ciudad de Juárez, llegando al punto de que habla, desde el minuto uno, con la mayor tranquilidad, normalidad y transparencia posible sobre los crímenes que se suceden a diario allí. Este tipo de lenguaje, que puede resultar violento y agresivo para algunos lectores más sensibles, es el resultado de un trabajo de campo exhaustivo y una prueba fundamental para comprobar que el periodista se ha metido tanto en la zona de la que habla que es capaz de narrar lo que sucede en ella sin máscaras, estereotipos, imaginarios colectivos o construcciones mediáticas que distorsionen la realidad.

Además, en *Ciudad del Crimen* podemos ver a la perfección este estilo “roto” y desordenado que se menciona al inicio del apartado. Bowden escoge a pocos personajes principales y los va repartiendo durante todo el texto, en momentos y puntos diferentes. Estos personajes tienen gran carisma y cuentan con descripciones excelentes, por lo que rápidamente el lector puede localizarlos e identificarse con ellos.

Independientemente de que utilice personajes, Bowden rompe con el esquema cronológico y estructura su relato como una gran libreta en la que apunta todo lo que ve, vive y siente. Cada capítulo explica una cosa diferente y se produce en un escenario distinto al anterior. Esto puede parecer complejo o confuso, pero al revés, Bowden articula su relato de una forma en la que este desorden, que a priori podría o tendría que confundir al lector, le acaba atrapando todavía más. El estilo, al igual que en *Despachos de Guerra*, refuerza la idea de caos e impredecibilidad de una ciudad tan destructiva como Ciudad de Juárez.

A la hora de narrar, Bowden no tiene problema alguno en explicar todo en primera persona e introducir esta figura del “yo” tan común del *Nuevo Periodismo*. Algunas corrientes periodísticas se muestran contrarias a esta postura, pero en este caso, si

hablamos de *Ciudad de Crimen*, la historia no podría entenderse ni tendría tanto calado de no ser por esta narrativa tan peculiar y arriesga.

A través de las páginas del libro, el lector puede sentirse como si estuviera en el lugar de los hechos. Siente el peligro que experimenta Bowden en sus pieles. La sensación de que cualquier cosa puede pasar en cualquier momento. De que de un momento a otro alguien puede morir. El lector, al final, se siente, al igual que el periodista, como un observador en medio de un mundo terrorífico en el que únicamente puede observar y anotar aquellas cosas que pasan por su frente.

En definitiva, tanto *Ciudad de Crimen* como *Despachos de Guerra* son dos libros en los que quedan recopilados los valores narrativos principales en los que se basa el reportaje de este trabajo: ruptura con el orden cronológico, periodismo inmersivo, trabajo de campo, historia coral, personajes potentes, sensación caótica y desordenada, ritmo narrativo elevado y presencia fundamental de la primera persona en forma de narrador protagonista.

## **4. EL ESCENARIO**

### **4.1 HISTORIA DE LA MINA**

Para poder entender bien la complejidad de un barrio tan conflictivo y problemático como La Mina es necesario analizar toda su evolución histórica a lo largo de los años. De cara a la realización de este reportaje, más allá de los testimonios actuales de los vecinos del barrio, ha sido fundamental el trabajo de Josep Maria Monferrer i Celades, presidente del Archivo Histórico del Campo de la Bota y La Mina.

Más allá del material existente en este archivo histórico, Josep Maria Monferrer ha escrito tres libros analizando la naturaleza del barrio de La Mina al detalle, desde sus inicios rurales en los años 50 hasta los problemas urbanísticos y sociales en los 2010. De cara a situar al lector, es conveniente recopilar la información que recoge Monferrer en sus trabajos.

El primer libro de Monferrer, editado en mayo del año 2013, se titula *La Historia de Sant Adrià de Leïda Desde La Mina Volumen 1: Un espacio codiciado y una historia conflictiva* y detalla los antecedentes del barrio de La Mina, haciendo especial hincapié en los asentamientos rurales anteriores a la construcción del barrio y el barraquismo de la zona.

En relación al barraquismo, se estima que en los años 50 existían unas 10.000 barracas en toda Barcelona. Este era un problema que preocupaba en especial a la ciudad de Barcelona, que a toda costa quería “limpiar” la imagen de su ciudad y eliminar las barracas, las cuáles daban un aspecto de pobreza y problemática social.

En el año 1952, el Papa Pío XII le concede a Barcelona el Congreso Eucarístico Internacional. Bajo este pretexto, la ciudad de Barcelona comenzaría a trabajar, en palabras del propio autor, en “quitar de la vista” y “limpiar”, de forma urgente, las barracas asentadas en zonas “visibles” y “transitadas”, es decir, de aquellos tramos de la ciudad por los que pasearían los asistentes del Congreso Eucarístico.

Un año después, en 1953, el Gobierno aprobaría el Plan Comarcal de Barcelona, en el que se planificaban 27 municipios alrededor de la ciudad. Este plan se mantuvo vigente hasta el año 1974, cuando entró en vigor el Plan General Metropolitano para

Barcelona. A través de estos planes, en los que se establecía, como hemos mencionado, la creación de municipios cercanos a la ciudad, se veía cada vez más claro que la entonces Mina rural tenía los días contados, a la espera de ver cuál sería la zona que la sustituiría.

Bajo este marco, en el año 1957 se redacta la primera versión del Plan Parcial de La Mina, cuya versión final se acabaría aprobando en 1959. Este plan establecía que La Mina quedaría dividida en las siguientes zonas:

- Zona industrial del apartadero ferroviario de La Mina.
- Zona deportiva en la parte del Campo de la Bota.
- Zona de viviendas para trabajadores, que debía constar con un núcleo autosuficiente de 700 viviendas equipadas y comercios para alojar a la población obrera de zonas industriales cercanas.
- Zona agrícola en la parte alta de La Mina Rural.

Con este marco establecido y el terreno dividido comenzaría, en 1959, la aprobación del plan, con la expropiación de casas y los pastores de la zona rural. La expropiación, sin embargo, sería más compleja de lo esperado por el gobierno ya que, como es lógico, los residentes de las zonas rurales se negaban a abandonar sus terrenos.

Tras unos años de resistencia, en los terrenos se acabarían llevando a cabo las conocidas como “expropiaciones de urgencia”, recogidas en el Decreto Ley 1280/1965, firmado por Franco y publicado en el Boletín Oficial del Estado (BOE) N°2, 118, el 18 de mayo de 1965.

Durante este mismo periodo, en 1961, se aprobaría otro plan, en esta ocasión para suprimir el barraquismo en la ciudad. La situación, como mencionamos en este apartado, estaba empezando a incomodar al gobierno. Sin ir más lejos, Barcelona estaba empezando a ser conocida de forma popular como “Barracópolis” ante el creciente número de barracas.

Uno de los nuevos polígonos residenciales construidos para absorber a las personas que habitaban en los barrios de barracas, en especial los provenientes del Campo de La Bota, fue La Mina.

En el año 1969 se levantaron los primeros bloques de protección oficial. Estos bloques, conocidos ahora como La Mina Vieja, eran de cinco pisos de altura, a excepción del “Bloque Mar”, que se elevaba hasta los 12 pisos. En estos bloques tenían que alojarse las primeras 552 familias expulsadas de los terrenos expropiados.

Poco después, en el año 1972, comenzarían las obras de construcción de La Mina Nueva. Esta fase contó con cinco bloques de 10 pisos, con cuatro viviendas por rellano, y un bloque de ocho pisos, construido al lado de las vías del tren. Estos seis bloques se construyeron para acoger un total de 2.129 viviendas.

Para poder adquirir estas casas, según queda recogido en *Barri de La Mina: Proposta de Treball Comunitari* (1988, Fundació Benestar Social), las personas debían cumplir con tres requisitos básicos: ser considerados barraquista, pagar una entrada de 30.000 pesetas y comprometerse a pagos mensuales durante los siguientes 24 años.

Cuando se empezó a ocupar el barrio, el solar total tenía una superficie de 174.970 metros cuadrados, con una superficie total edificada de 180.000 metros cuadrados y un 28,5% del solar siendo espacio construido. Del resto del suelo, el 20% se dedicó a viales y aparcamientos, quedando así el 51,5% del suelo libre peatonal. De esta forma, la distancia máxima entre bloques extremos era de 600 metros.

Si hablamos en lenguaje urbanístico, encontramos una zona residencial urbana intensiva de bloques aislados, conocidos en la lengua popular como “moles” de cemento que realizan la función de “contenedores de familias”.

Una vez acabada la construcción del macroproyecto de concentración de barraquistas, Barcelona, en palabras de Monferrer, demostraría, a lo largo de los años, un “abandono” del proyecto clave para la “marginación progresiva” del barrio.

En el segundo volumen de sus libros repasando la historia de La Mina, titulado *Historia del barrio de La Mina 1969-2000, Volumen 2: Unas malas políticas condenan al barrio*

*de la marginalidad*, Monferrer analiza con detalle todos los problemas iniciales de la construcción del barrio.

El autor inicia su prólogo con una declaración clara de intenciones de lo que, para él, se ha hecho con el “microcosmos complejo y críptico” de La Mina:

“Un barrio creado por especuladores franquistas, abandonado por la transición política y utilizado posteriormente por una serie de intereses, no siempre confesables”.

Uno de los problemas con los que se encontró La Mina en sus primeros años como polígono residencial fue el crecimiento migratorio que experimentó Barcelona a partir de la década de los 50. Entre 1956 y 1975, el crecimiento total de la población es de 1.239.873, de estos, 787.334, es decir, un 63,4%, eran inmigrantes que llegaban a Barcelona.

En este mismo tiempo, se construyeron un total de 67.486 viviendas sociales; lo que supone una relación entre vivienda construida y población inmigrante de 18,3 habitantes por piso social. El patronato, consciente de la situación inestable, envió un escrito al grupo de arquitectos encargados de construir el nuevo polígono residencial, los cuáles respondieron indicando que, aunque pudieran construir más viviendas para aprovechar mejor el espacio y abaratar costes, en la zona en la que se enmarca La Mina, húmeda y con problemas atmosféricos, no se puede pensar en unas condiciones residenciales “excesivamente cómodas” para todos.

Más allá de los bloques construidos inicialmente en el año 1969 mencionados antes, en el convenio firmado en mayo de 1970, en el cual el Ayuntamiento se comprometía a expropiar los terrenos y comenzar las obras (que serían financiadas casi en su totalidad por el Ministerio), se acuerda construir lo siguiente en La Mina:

- 2100 viviendas
- 4 guarderías
- 1 centro social
- 1 centro sanitario
- 1 local administrativo municipal
- 1 local para la asociación de vecinos

- 1 espacio y local para el club deportivo La Mina
- 1 espacio para la *societat ocellaire*
- Locales comerciales previstos en el plan parcial
- 1 centro parroquial
- Todas las urbanizaciones complementarias que un barrio de estas características requiera

Las primeras quejas de los nuevos residentes de La Mina no tardaron en llegar. Los vecinos se quejaban de que los pisos, que habían costado aproximadamente 400.000 pesetas, se vendían por 700.000. A su vez, la sociedad criticaba al Ayuntamiento y al Gobierno por haber creado lo conocido como “barraquismo vertical”.

Una de las quejas principales, y más básicas, de los vecinos era el estado de los pisos que se les entregaron cuando fueron expulsados de sus barracas. Con las obras a mitad, el Ayuntamiento comenzó a entregar pisos, obligando a las familias a convivir en bloques a medio construir y rodeados de obras.

En las primeras casas faltaban elementos básicos como suministros de luz y gas. Los bloques, además, se construyeron con materiales prefabricados para poder cumplir con los tiempos impuestos en el plan.

Los términos para acabar las obras del barrio no se cumplieron. A partir de aquí, bajo las presiones vecinales, se priorizó acabar todos los pisos en el menor tiempo posible, sin importar que estos carecieran de los equipamientos y servicios necesarios. Así, en 1974, todos los pisos habían sido entregados a sus respectivas familias y estaban ocupados, pero con graves problemas de humedades, desagües e instalaciones eléctricas a medio construir.

Los problemas de La Mina no terminaban en el interior de los bloques. De las dos escuelas programadas, únicamente una estaba en funcionamiento, obligando al resto de familias a repartir a sus hijos por centros del resto de la ciudad.

La población infantil era muy elevada, pero no se había construido ninguna guardería ni centro sanitario. Para paliar este problema, los vecinos improvisaron la construcción de su propio espacio de primeros auxilios en el centro cívico del barrio con dos voluntarias.

Siguiendo en la línea de las promesas incumplidas, el barrio, pese a haber ocupado ya todas sus viviendas, no tenía un sistema de luz pública eficiente y carecía de servicios tan básicos como correos, telefonía y telegrafía. Tampoco se construyeron a tiempo la biblioteca, los parques o los locales para gente joven o jubilada. El barrio tenía gente, y nada más.

En este contexto de denuncia social y mediática, Arias Navarro decidió visitar La Mina para ver en primera persona el estado del barrio. Navarro paseó por las calles de La Mina acompañado de un cordón policial y se negó a hacer declaraciones posteriores sobre lo que vio.

Los problemas eran tan evidentes que entre los años 1973 y 1974, en plena crisis del Consejo de Ministros, se aprueba un presupuesto extraordinario de 98.778.175 pesetas para “tapar los problemas”, en palabras del autor, que atormentaban a los vecinos de La Mina.

Una vez aprobado este presupuesto, la Asociación de Vecinos de La Mina redactó un documento en el que recogían los que, para ellos, eran los principales problemas a los que se les tenía que poner una solución lo antes posible:

- Pisos mal acabados con filtraciones de agua cuando llueve.
- Instalación de gas con tubos no adecuados.
- Ausencia de conexiones para ir a Barcelona, donde trabajaba gran parte de la población del barrio.
- Calles sin asfaltar y paso constante de camiones de obras que generan mucho polvo.
- Calles sin luz.

- Ausencia total de los servicios sociales acordados en el plan.

Aun con el presupuesto aprobado, los vecinos seguían quejándose. Ante la ausencia de movimientos políticos, las movilizaciones acabarían convirtiéndose en una pieza clave de la vida social de La Mina a partir de los años 70, la cual analizaremos más adelante.

Entrando en otro aspecto, de la población que habitaba entre los años 1973 y 1974 en el inacabado barrio de La Mina, el 76,5% eran inmigrantes de la posguerra provenientes del mundo rural en busca de trabajo. Estas personas, dada su situación precaria, “celebraban” que se les diera un piso en propiedad, aunque fuera de mala calidad. Para muchos hombres, además, dado el contexto social de la época, era un poder añadido poder presentarse como los dueños de un piso.

Por otro lado, estaban los autóctonos de Barcelona que habitaban en barracas antes de llegar a La Mina. En este libro, el autor entrevista a un vecino del barrio llamado Manuel, que vivía en las barracas de Montjuïc antes de las expropiaciones. A Manuel, el Ayuntamiento le dio un piso en el Bloque Levante. En un principio, pensó que sus “males” habían acabado, pero cuándo vio la situación, con viviendas a medio construir en un clima de sobrepoblación, entendió que su calidad de vida se reduciría todavía más.

Para hacernos una idea de la calidad vida en el barrio de La Mina a inicios de los 70, los datos del censo cifraban en 11.848 personas la población de La Mina. La administración, por su parte, hablaba de 13.877; mientras que la asociación de vecinos, creada en 1972, situaba la cifra por encima de los 15.000. A partir de la media de estos tres datos, la densidad de población estimada era de 678 hab/ha, una cifra por encima de lo recomendado y considerada “socialmente conflictiva”.

En lo que respecta a la procedencia de las personas que habitaban el barrio, la mayoría de ellas eran de origen andaluz (70,1%). A Andalucía le seguían Castilla y

Extremadura, con un 15,9%, Murcia, Valencia y Aragón, con un 9,5%, Galicia y Asturias, con un 3,9%, y País Vasco y Navarra, con apenas un 0,8%.

En lo que respecta a población gitana, La Mina, en sus orígenes y pese a lo socialmente establecido, no era un barrio mayoritariamente gitano. Unas 3.500 personas, es decir, un 23,4%, eran gitanas. La Mina no era un barrio gitano, pero sí que suponía, según datos oficiales, una de las mayores concentraciones de gitanos del territorio español.

El nivel educativo del barrio era muy bajo, con un 48% de su población no habiendo ido nunca a la escuela. A su vez, en lo que respecta al trabajo legal, únicamente un 36,5% de los habitantes era considerado población activa.

El grado de satisfacción, como hemos explicado antes con el estado de los pisos, era muy reducido. Únicamente el 24,8% de los vecinos estaban satisfechos con su vida en La Mina. Por su parte, de los descontentos, el 35% aseguraban que volverían a su anterior barrio si pudieran y el 40% que se marcharían del barrio en cuanto pudieran. La causa principal de este descontento, además, en el 90% de los casos, era que los vecinos decían vivir en una situación problemática y conflictiva. Tan sólo un 10% de los residentes decían no tener problemas en el barrio.

Todos estos problemas no sólo estaban presentes en las conversaciones de los vecinos del barrio. La prensa catalana y española, según recoge el autor en el libro, comenzaba a hablar sobre La Mina como un barrio en el que nadie quería vivir. “Aspecto lamentable”, “Barraquismo vertical” o “Casi abandonada recién nacida” eran algunos de los términos utilizados en los titulares de las grandes cabeceras.

Llegando al final de la década, en 1979, llegarían las primeras elecciones municipales democráticas de la historia de España. En La Mina se forjó un pacto de gobierno entre PSC, PSCUC y CIU. Sin embargo, aún con este marco democrático, la situación en el barrio de La Mina seguía sin mejorar.

El torno a un 60% de la población estaba en paro, de los cuáles únicamente un 40% de estos cumplían con las condiciones necesaria para recibir el subsidio de paro. Junto a esto, comenzaron a subir los precios como consecuencia de la inflación. Ante la falta de poder adquisitivo y de trabajo legal, comenzó a crecer en La Mina la economía sumergida, con todo lo que ello conlleva.

Dejando a un lado la población activa, la situación de los estudiantes no era mucho mejor. Antes de terminar la década, una vez puestos en funcionamiento todos los centros escolares, los diversos colectivos dedicados a la asistencia social, en conjunto con los directores de las cuatro escuelas del barrio (Tirso, Marinada, Jara y Casalot), elaboraron un estudio sobre la problemática infantil en el barrio, del que se extraen las siguientes conclusiones:

- 111 casos de absentismo escolar.
- 77 casos graves de inadaptaciones o conductas disociales.
- 69 casos de alumnos que habían pasado por el tribunal tutelar de menores.
- 49 casos de familias desestructuradas.
- 300 casos de problemas de niños con malnutrición.
- 90 casos de maltrato físico.
- Muchos casos de niños no escolarizados o que abandonan la EGB en séptimo y octavo curso.

En este entorno de problemática social, los vecinos de La Mina comenzaron a movilizarse. Durante toda la década de los 70 llevaron a cabo actividades de diversa índole para reivindicar sus derechos. Las movilizaciones más importantes de este periodo fueron:

- Carteladas en 1975 a favor de una mayor limpieza en las calles.
- Acuerdos en 1976 no pagar la cuota de recogida de residuos al Ayuntamiento, al no ofrecer dicho organismo ese servicio.

- Quejas contra la película *Perros Callejeros* por la mala imagen que daba del barrio.
- Huelga general del 22 al 25 de marzo del año 1977 por la acumulación de problemas, como el no funcionamiento del ambulatorio. La huelga acaba forzando la dimisión del alcalde de Sant Adrià, Francisco Oller.
- Ocupación del patronato municipal de la vivienda, porque la decisión de tener pisos vacíos cuando había otros en los que vivían de dos a cuatro familias.
- Acampada delante del Ayuntamiento de Sant Adrià del 20 de mayo al 3 de junio de 1978, que concluye con promesas orales y ningún compromiso escrito.

En definitiva, en los años 70 se asienta un movimiento vecinal potente en La Mina, caracterizado por las protestas pacíficas de carácter social contra la administración pública. La Asociación de Vecinos del barrio, en consecuencia, iría ganando cada vez más peso.

A pesar de estos esfuerzos por parte de los vecinos, en la década de los 80 la percepción externa de La Mina cambia por completo. Los periódicos, cada vez más, evitaban hablar sobre la cara reivindicativa y aprovechaban el auge de la droga para estigmatizar el barrio, con titulares como “polígono sin ley”, “barrio peligroso”, “nido de delincuentes y maleantes”, “lugar maldito”, “enfrentamientos entre payos y gitanos” o, directamente, titulares tan directos como “no tiene solución”.

La creciente llegada de drogas al barrio, sin embargo, acabaría afectando a la convivencia. El ambiente en las calles explica el autor, era cada vez más conflictivo. La vigilancia policial era inexistente y se respiraba en todo momento un “ambiente de impunidad constante” ante la delincuencia.

La heroína, por ejemplo, pasaría de ser una droga de lujo a ser un producto asequible para la mayoría de los bolsillos. La heroína llega a La Mina en los 80 (y todavía se mantiene en la actualidad) y sus efectos no tardaron en notarse. Según datos policiales, en 1983 el consumo era tan elevado que se recogían 240 jeringuillas a la semana y aparecían niños de hasta 11 años que eran considerados “heroinómanos”.

Viendo la gravedad de la situación, una vez más, el gobierno decidiría elaborar un plan de acción. De esta forma, en el Parlamento de Cataluña se decide elaborar un

Plan de Atención Especial para la barriada de La Mina el 2 de junio de 1982. La medida extraordinaria, a la que se conocía como Plan Interdepartamental de La Mina, fue aprobada en 1983 y giraba en torno a cuatro ejes fundamentales:

- Mejora del entorno físico el Parc Besòs con la construcción de nuevos viales de conexión.
- Mejora interna del barrio, con los objetivos de empezar a bajar la densidad de población y mejorar el mobiliario urbano.
- Actuación sobre las redes delictivas.
- Mejorar el equipamiento y los servicios.

El plan comenzó a implementarse en el 83 con la mejora del alumbrado público y arreglos en algunas calles del barrio. Sin embargo, tan sólo un año después, en 1984, el máximo dirigente del plan dimitió del cargo por disconformidades en la forma en la que se estaba aplicando. Para él, se trataba de un plan urgente que precisaba de “respuestas políticas urgentes y coordinadas”, pero en el tiempo que estuvo al frente del proyecto no vio voluntad alguna de llevarlo a cabo.

Las reivindicaciones sociales continuaron, esta vez de la mano de la Permanente de Vecinos, un colectivo creado en 1985 tras una pequeña crisis en la Asociación de Vecinos del barrio. Una vez más, las medidas que exigían eran todas aquellas que siempre se les prometieron, pero nunca les fueron concedidas: reparar humedades, mejora de la limpieza, aumento de asistencia social o control de la drogadicción, entre otros.

El 7 de octubre de 1986 Frederic Rahola, el por entonces Síndic de Greuges, visitó La Mina. Rahola quedó asombrado por la pobreza, el abandono y la degradación del barrio. Los vecinos le pidieron que metiera presión al Ayuntamiento, y él aseguró que así haría y que volvería para informarles sobre novedades. El Síndic, para desgracia de los vecinos, nunca regresó.

Mientras tanto, ante la negativa del Ayuntamiento y del gobierno para intervenir, la calidad de vida de los vecinos seguía empeorando. Según datos del padrón, esta era la situación en los pisos de La Mina:

- 633 pisos con 1 o 3 personas viviendo en él.
- 1227 pisos en los que vivían entre 4 y 7 personas.
- 106 pisos entre 8 y 12 personas.
- 3 pisos con 14 personas.
- 4 pisos con 15 personas.
- 2 pisos con 16 personas.
- 1 piso con 17 personas.
- 1 piso con 21 personas.

Frente a la escasa voluntad negociadora, se presentó un vecino del barrio a las elecciones del año 1987. De esta forma, Paco Marín salió elegido como regidor y teniente alcalde, consiguiendo establecerse como el responsable del fracasado Plan Interdepartamental.

El 21 de marzo de ese mismo año, la Generalitat y el Ayuntamiento promueven, en conjunto, otro plan especial para el barrio, “La Mina, Ara Sí”, con un presupuesto de 557.000.000 de pesetas. Los objetivos de este nuevo plan eran, una vez más:

- Remodelar el barrio y mejorar las condiciones de los pisos y las escaleras.
- Reducir la tasa actual de paro (54%) hasta el 20%.
- Desarrollar medidas de seguridad ciudadana.
- Mejorar el asociacionismo.
- Potenciar los servicios del barrio.

La historia, sin embargo, se repetiría una vez más. El plan no funcionó y el Ayuntamiento lo paralizó, asegurando que no se contaba con el presupuesto suficiente para sacarlo adelante.

Delante de la insostenibilidad de La Mina, en vez de invertir para mejorar la calidad de vida del barrio, el Ayuntamiento y el gobierno decidieron eliminar el espacio por completo. De esta forma se elaboró el Proyecto REGESA, escrito por el grupo empresarial REGESA. En este documento se explicaba que La Mina era un barrio sin solución y que, tal y como estaba, la mejor medida era tirarla por completo y renovarla.

La idea era mover, una vez más, a la población asentada en el barrio. Esto habría sido posible porque los vecinos no eran propietarios todavía de los pisos dónde vivían, sino que eran personas con “derecho diferido a la propiedad”, por lo que se les podía deportar, de forma totalmente legal, a otros lugares.

Una vez recolocada la gente, el objetivo del Proyecto REGESA era derribar todos los edificios y vender los terrenos, para así ingresar la mayor cantidad de dinero posible y recuperar lo invertido en la zona. El escrito, además, dejaba claro que todo se debía llevar “con absoluto secreto” para evitar despertar “alarma social”.

Para “desgracia” del gobierno, este plan fue destapado por el regidor Paco Marín, que se hizo con una copia de los documentos y la envió a varios periódicos de la zona. Finalmente, el único medio que decidió publicarlo fue el Avui.

Una vez destapado el escándalo, el Ayuntamiento de Sant Adrià emitió un comunicado, pocos días después, en el que aseguraba que el barrio no se derrumbaría. A partir de aquí, la hoja de ruta que escribió el Ayuntamiento, y que hizo llegar a los vecinos en este comunicado, pasaba por impedir la llegada de nuevos vecinos (para regular la sobrepoblación), regular el pago de alquileres de todos los vecinos ya existentes y mejorar la comunicación con los habitantes del barrio.

Con la polémica del Proyecto REGESA todavía presente se llegaría a los años 90. La Mina cambiaba de década, pero la situación social seguía siendo igual de mala. El absentismo escolar seguía moviéndose en torno al 20% y el paro marcaba el dato más alto de toda el área metropolitana, llegando a estar la situación en el barrio peor que en Sant Adrià, que por norma general ya estaba varios puntos por encima de Barcelona, en lo que a tasa de paro se refiere.

La falta de acción del gobierno, sumada a la falta de comunicación, derivaría en situaciones de crispación máxima. Un buen ejemplo de ello fueron las jornadas reivindicativas de 1997. Del 10 al 12 de julio, los vecinos del barrio expresaron su indignación con manifestaciones en las que demandaban una mina “digna” y en las que exigían formar parte del proceso de dignificación de la misma.

A raíz de aquí, el movimiento vecinal vuelve a vivir un nuevo auge. La Asociación de Vecinos de La Mina, venida a menos durante la década anterior, recupera fuerza; mientras que, por su parte, nacería también la llamada Plataforma de Entidades y Vecinos, la cuál sería clave tan sólo un año después, en 1998, para sacar adelante pactos vecinales en los que se exigían las medidas que nunca se llevaron a cabo en La Mina:

- Clarificación del futuro urbanístico del barrio.
- Mejora en la seguridad vecinal.
- Solucionar la precariedad de recursos destinados a las entidades.

Uno de los momentos clave de esta década en lo que a medidas sociales respecta fue la creación, el 11 de marzo de 1998, del Consorcio Besòs, un ente público de carácter local, gestionado por los Ayuntamientos de Barcelona y Sant Adrià. La presidencia quedó al mando del por entonces alcalde de Barcelona, Joan Clos, mientras que el encargado de vicepresidencia era el alcalde de Sant Adrià, Sito Canga.

El objetivo de este consorcio era llevar a cabo las grandes transformaciones urbanas necesarias para reordenar y transformar los territorios del margen derecho del Río Besòs. Sin ir más lejos, la primera medida que tomaron fue retomar los derrumbamientos de las casas que todavía quedaban en la zona de La Mina Rural durante el año 1999.

Por parte del Ayuntamiento de Sant Adrià, las presiones fueron cada vez más altas para añadir medidas que favorecieran a La Mina. Tales fueron las insistencias del por entonces alcalde que, con el comienzo del nuevo siglo, el 1 de junio del año 2000, Ayuntamiento de Sant Adrià, Diputación de Barcelona y Generalitat de Cataluña firmaron todos los acuerdos necesarios para la creación del Consorcio de La Mina; aunque habría que esperar hasta 2002 para que el Ayuntamiento pudiera aprobar el Plan Especial de Reordenación y Mejora del Barrio de La Mina (PERM), del cuál hablaremos más adelante.

Llegados a este punto, con el fin de la década de los 90 y el siglo XXI, conviene poner sobre la mesa cuáles eran algunos de los datos oficiales en relación a la vida del barrio de La Mina justo antes de entrar en el nuevo milenio.

Con el paso de los años, la inmigración se diversificó y comenzaron a llegar personas de fuera de España. Lejos quedaban los tiempos en los que la inmigración era nacional, de origen agrario, a finales de los 90, el 43,9% de los inmigrantes provenían de África, mientras que el 34% lo hacían de países europeos, destacando Rumania por encima del resto.

Desde el gobierno se invirtió, un poco más, en educación, pero las familias, por falta de cultura, no lo valorarían. Los números del barrio seguían siendo los peores de la zona en este ámbito, con todavía un 18% de analfabetismo. Esto se debía, principalmente, a que cuando los vecinos alcanzaban un mejor nivel de renta, abandonaban el barrio para ir a otras partes de Barcelona. En relación al nivel de estudios, un 27,34% de la población no tenía ningún tipo de estudio y únicamente un 0,22% había cursado o estaba cursando enseñanzas superiores.

La renta familiar bruta media era de 603.443 pesetas. Estos datos eran muy negativos si se comparaban con el contexto del área metropolitana, ya que, en Sant Adrià, la renta media se situaba en el millón de pesetas y en Barcelona era todavía superior, alcanzado el millón y medio.

En el sector laboral, únicamente el 42% de la población activa tenía un trabajo regularizado. Estos datos estaban 10 puntos por encima de la media de Sant Adrià, que ya de por sí era elevada y todavía más negativa en comparación con Barcelona.

Este cúmulo de problemas provocaba que el estado anímico de los vecinos siguiera siendo muy bajo. En encuestas, las personas catalogaban al barrio de “inseguro”, “desprotegido” y “sin vigilancia”. Además, el grado de descontento con los poderes públicos era muy grande, ya que, durante años, veían como les hacían promesas y nunca se llevaban a cumplir.

Por todos estos factores, La Mina cerraría el siglo XX como un barrio marginal. En su libro, Monferrer señala los siguientes motivos (todos presentes en La Mina a finales de los 90) como causa directa de marginalización:

- Aislamiento cultural y empobrecimiento de la circulación social.
- Aprovechamiento de una imagen marginal del barrio para refugiarse en ella como mecanismo defensivo.
- Asentamiento de un fenómeno disocial, provocado por la delincuencia común instalada, el tráfico de drogas, la picaresca y las organizaciones marginales.
- Asimilación de la violencia (verbal, física o afectiva) y las agresiones como pauta en las relaciones.
- Presencia de incivismo y el menosprecio por la colectividad, destacando la suciedad, la alteración del orden en la calle, los ruidos por la noche, las escaleras rotas o las hogueras en las calles.

Es interesante también rescatar el siguiente fragmento de la entrevista que le hace el autor del libro a la profesora Montserrat Pujol, vecina del barrio y parte clave de las luchas vecinales, en el que explica por qué La Mina se puede considerar un gueto a finales de los 90:

“En la mina se ha ido permitiendo, mientras se miraba a otro lado, la creación de un microcosmos de marginación y delincuencia, con códigos propios, que tiene muchos de los elementos que configuran un gueto de segregación social.

Cuando un barrio acaba perdiendo la esperanza de poder mejorar, tiende a convertirse en un gueto.

Cuando la gente que no está de acuerdo con este microcosmo de marginalidad no se va del barrí porque económicamente no puede marchar, es que hay algún elemento de gueto.

Cuando los padres preocupados por la educación de sus hijos acaban llevándolos a escuelas fuera del barrio, es síntoma de querer huir del gueto.

Cuando los vecinos no creen en sus instituciones ni en su funcionamiento democrático, porque están más sometidos a las leyes internas de ciertos sectores del

barrio que a las reglas de un juego de una sociedad democrática, la evidencia que están viviendo en un gueto es casi absoluta”.

Con esta valoración de la década de los 90 y la calidad de vida de los vecinos de La Mina podemos centrarnos de lleno en el nuevo siglo y los últimos 15 años de historia en el barrio de La Mina. En esta ocasión, Josep Maria Monferrer recogería la evolución histórica durante este periodo en su último trabajo hasta la fecha, *El Plan de Transformación de La Mina (2000-2015) Volumen 3: Una especulación urbanística tapada bajo un plan de transformación social*.

“Lavarle la cara a un barrio no es limpiarlo”, es la contundente afirmación que utiliza el autor del libro para terminar su prólogo. Una auténtica declaración de intenciones que describe, como veremos de ahora en adelante, la realidad social del barrio en el nuevo milenio.

Los primeros años de esta década estarán marcados por la pérdida de confianza ciudadana respecto al Consorcio de La Mina, al cual terminarían denominando de forma popular “El Ministerio de la Propaganda”.

El gran acontecimiento de esta época en el área metropolitana de Barcelona fue la construcción de Fòrum 2004, un macroproyecto que se quería aprovechar para crear una nueva zona centralizada y de riqueza comercial. Esta época fue muy provechosa para los empresarios que tenían terrenos en la zona del Besòs, que se aprovecharon de las recalificaciones del suelo, que llegaron a doblar o triplicar su valor original.

Aún así, uno de los grandes miedos de los empresarios catalanes e internacionales era la proximidad del Fòrum con La Mina. El barrio, según datos oficiales, presentaba las siguientes características a grandes rasgos a inicios de los 2000:

- Población joven y sin expectativas de futuro, con más de la mitad de población por encima de los 45 años.
- Graves problemas económicos y laborales, con una renta media familiar un 41% más baja que Sant Adrià y un 61,4% más baja respecto a Cataluña.
- Grandes cantidades de ayudas sociales, el 80% de las ayudas de Sant Adrià se quedaban en el barrio de La Mina.

- Juventud con graves problemas educativos, cerca del 18% de la población adulta era analfabeta total o funcional, mientras que en Cataluña era del 2%; absentismo y fracaso escolar cercano al 40% en secundaria, en Sant Adrià no llegaba al 2%.
- Afectaciones dramáticas por el consumo elevado de drogas.
- Riesgo constante de desvertebración.

Los inversores internacionales se cerraron por banda y aseguraron que no invertirían ni un solo euro en el barrio como parte del proyecto del Fòrum de cultures. El alcalde de Sant Adrià intentó presionar, alegando que de no recibir ayudas sociales no cedería los terrenos municipales, pero acabó cediendo por miedo de que Barcelona excluyera a Sant Adrià entera del proyecto.

Aún así, Barcelona terminaría encargándole al director y gerente del grupo Barcelona Regional, Miguel Sodupe, que estudiara y valorara la realización de un posible Plan Especial de Reordenación y Mejora de La Mina.

De forma paralela a este estudio, tomó forma el proyecto URBAN II del Fondo Europeo de Desarrollo Regional (FEDER), dedicado a ayudar con estrategias innovadoras a la rehabilitación urbanística y social de ciudades y barrios degradados. La única condición que imponía el FEDER era que la metodología de trabajo de las administraciones para sacar adelante sus ayudas tuviera en cuenta y favoreciera la implicación de las redes vecinales y comunitarias.

Para poder acceder al URBAN II, además, Europa exigía que se actuara en la mayor parte de los que ellos consideraban “ejes fundamentales”:

- Reurbanizar el espacio.
- Atención a los temas de formación, paro y salud.
- Integración de los marginados.
- Integración del transporte público.
- Reducción y trato de residuos.
- Nuevas tecnologías.
- Mejorar el gobierno del barrio o la ciudad.

Con este requisito en mente, el consorcio se juntó con Barcelona Regional y Infraestructuras 2004 (sociedad privada municipal del Ayuntamiento de Barcelona para la promoción del Fórum) y redactó un Plan Especial de Reforma Interior de la Mina (PERI) que abarcaba la mayoría de los puntos. Los objetivos principales de este nuevo plan eran erradicar las redes de delincuencia para desarrollar la vida comunitaria, crear una integración territorial interna para conectar con el entorno y normalizar el barrio con una buena cooperación de vecinos.

Dentro de este plan, sin embargo, había algunos matices que generaron rechazo entre los vecinos. La introducción del texto describía la mala situación del barrio, sin valorar las acciones políticas tomadas (o no tomadas) desde la creación de La Mina, dejando claro que el estado actual de la zona era consecuencia del “mal hacer de los vecinos”, asegura el autor del libro.

A partir de la entrada de inversión internacional, el Consorcio de La Mina comenzaría a presentar sus primeros problemas internos. Las contradicciones a la hora de actuar o definir la presidencia eran constantes, ya que esta cambiaba cada seis meses. Además, a la hora de llevar a cabo los proyectos sociales, se externalizaba el trabajo con empresas diferentes y sin relación entre ellas, creando cierta sensación de discordancia a la hora de aplicar las medidas y desarrollar los proyectos.

Centrándonos ahora en materia presupuestaria, el 26 de noviembre de 2001, el comisario europeo para la política regional, S. Michael Barnier, firmaba una partida de 12.100.000 euros para el URBAN II, es decir, un 50% del valor total del proyecto presentado por el consorcio. El Fondo Europeo Social (FSE) aportó otros 1.810.000 euros; quedando el resto en manos de las administraciones ligadas al consorcio.

Una vez conseguido el dinero, fijado, según en datos oficiales, en un ingreso total de 95.461.624,48 euros, la forma de distribuirlo generó mucha polémica dentro del barrio. De esta suma total, un 85% fue destinado por el Consorcio del Besòs a realizar una reurbanización urbanística de la zona (45.980.142 €) y a la construcción de viviendas (22.302.336€).

De esta forma, únicamente un 15% del presupuesto total fue facilitado al Consorcio de La Mina para invertir en medidas sociales, aquellas mayoritarias en las exigencias europeas y que realmente importaban a los vecinos del barrio.

En esta etapa, principalmente hasta el año 2004, el consorcio realiza algunos cambios sociales reducidos (como muestra el reparto presupuestario) negociando con los vecinos, tal y como exigía el FEDER. Sin embargo, cuándo pasa el Fòrum 2004 y acaba el URBAN en 2006, La Mina pierde todo su interés político y tener un espacio participativo “deja de ser necesario”, ya que no debe cumplirse ya con ningún requisito europeo.

Con sus intereses urbanísticos garantizados, el consorcio decidió eliminar los temas de interés general en el barrio del debate político. De aquí en adelante, el consorcio se reconstruyó, centralizando sus acciones y asegurándose de que todas las tomas de decisiones pasaran por ellos, convirtiéndose así en el denominado popularmente como “Ayuntamiento Secundario”.

El desgaste y la frustración que provocaba la nueva línea de acción del consorcio derivaría en una pérdida de efectivos y fuerza de las plataformas sociales históricas del barrio. La Plataforma de Entidades y Vecinos, compuesta inicialmente por 24 colectivos, perdió a más de la mitad de sus afiliados por causas diversas. El consorcio, en palabras del autor, aplicó a la perfección el famoso concepto de “divide y vencerás”.

Dejando a un lado la materia social, con el paso de los años, se acabarían tirando los últimos terrenos de La Mina industrial y rural, llegando así la especulación inmobiliaria a la zona. Según una comparativa de precios elaborada por la sociedad de tasación TINSA en el año 2006, estos eran los valores del suelo:

- 2.193€, precio medio del metro cuadrado en Sant Adrià.
- 3.850€, precio medio en Barcelona.
- 5.300€, precio medio en la zona C-3 de La Mina.

Con estos números, los precios de las habitaciones se dispararon. El precio de un piso de dos habitaciones en la zona C-4 de La Mina oscilaba entre los 386.000 y 413.000 euros; mientras que uno de tres habitaciones se movía entre 446.000 y 505.700 euros.

Al poco de crecer la especulación, entre 2008 y 2009, estalló la crisis económica y el gobierno se vio obligado a paralizar todas las obras que contemplaba el PERI, entre las que destacaban cortes verticales en los edificios, la construcción de nuevos portales o el derribo del edificio en peores condiciones del barrio (Venus), del cuál hablaremos un poco más adelante.

En este contexto de falta de recursos, se decidió prorrogar hasta el año 2015 el plan de transformación del barrio para poder llevar a cabo todas las obras. Junto al plan, se prorrogó, a su vez, la continuidad del por entonces Consorcio de La Mina, al que el gobierno aprobó destinar 8,7 millones de euros adicionales durante el nuevo periodo.

Para cerrar esta primera década, el consorcio publicó un balance de mandato a finales del año 2008 en el que aseguraba que había invertido 20 millones de euros entre 2000 y 2007 en materia social. Esta afirmación provocó gran indignación entre los vecinos, que se preguntaban a dónde habían ido a parar esos millones.

De esta forma entramos en la etapa más cercana a la elaboración de este reportaje en el barrio de La Mina, el lustro comprendido entre 2010 y 2015. Este periodo, expone Monferrer, se caracteriza por dos grandes problemas: el bloque Venus y la drogadicción.

En primer lugar, hablaremos sobre la situación del bloque Venus, un edificio descuidado desde su construcción que, en la década de los 2010, se caracteriza por la cantidad de basura acumulada en su interior y su estructura completamente destrozada.

En el año 2002 comenzaron las conversaciones de que Venus se derrumbaría y que se crearían nuevos pisos para recolocar a los vecinos afectados, sin embargo, no fue hasta 2009, en pleno inicio de la crisis, que comenzaron las primeras obras. Mientras tanto, Venus seguía deteriorándose y los vecinos seguían malviviendo en su interior.

La vida en el bloque era cada vez más dura, y la gente comenzó a marcharse en cuanto conseguía recursos suficientes al ver que no se les iba a recolocar en un futuro cercano.

En el año 2015 únicamente quedaban 240 pisos en el bloque Venus. Monferrer realizó una encuesta en 100 de estos pisos (ya que el resto se niegan), de la que obtuvo los siguientes resultados:

- 31 familias no son propietarias de los pisos.
- 8 familias cuentan con, al menos, un contrato laboral en el piso.
- 20 familias viven sin recibir algún tipo de ingreso.
- 7 familias viven con pensiones no retributivas.
- 3 familias están en renta mínima de inserción.
- 22 familias presentan alguna persona con algún grado de discapacidad.

El segundo y otro gran problema de ese lustro es, como hemos mencionado ya, la droga. El número de fallecidos anuales por consumo de drogas ilegales era inferior al número de fallecidos por consumo de drogas legales (tabaco y alcohol), al igual que en el resto de España; pero no por ello las sustancias ilegales dejaban de generar una grave alarma social en la zona.

Para entender mejor la situación en este último lustro, conviene retroceder a inicios de los 2000, época en la que Barcelona quería extender su puerto con motivo del Fòrum de culturas. Con motivo de esta expansión, la ciudad decide acabar con Can Tunis, uno de los mayores núcleos de venta de droga, recolocando a su elevado número de drogadictos crónicos en los barrios de El Raval y La Mina.

Durante un breve paréntesis, es decir, durante la celebración del Fòrum, aumenta el control de drogadictos en La Mina, ya que se trataba de un barrio muy cercano a la zona del Fòrum e interesaba tenerlo lo más limpio posible.

Con el final del Fòrum, la situación volvió a la “normalidad” en La Mina. Ante el creciente número de drogadictos, el Ayuntamiento decidió crear una sala de venopunción junto al centro de salud del barrio, conocida de forma popular como “El Local”. Desde su creación en 2006, el número de usuarios ha aumentado cada año, iniciando con poco más de 500 y cerrando 2013 y 2014 con más de 3.000.

Junto al control de drogas, desde “La Sala” se ha trabajado para educar a los drogadictos en temas de limpieza, en especial para evitar que arrojen las jeringuillas

usadas a la calle. Por esto, los responsables del centro comenzaron a entregar jeringuillas a los drogadictos, para que las usaran y las devolvieran al centro en sus futuras visitas. Esta técnica tuvo éxito, en cierta medida, ya que la relación entre jeringas dadas a los drogadictos y jeringas retornadas pasa del 51% en 2007 al 64,8% en 2014.

Aún así, el número de personas que consumía en la calle seguía siendo muy superior al de usuarios del centro. Buena prueba de ello son los datos oficiales de jeringuillas recogidas en las calles. En 2009 se recogieron 14.366, cinco años después, en 2014, la cifra ascendía hasta las 34.278. En diciembre de 2015, antes de cerrar los datos totales del año, la cantidad de jeringuillas recogidas ya superaba en más de 2.000 a la cifra del año anterior.

La creación de este centro de ayuda, además, sirvió para centralizar el consumo de drogas en el barrio de La Mina. Según datos de “La Sala”, más de 2.500 usuarios venían del área metropolitana de Barcelona, cerca de 1.000 de otras ciudades y únicamente 500 del propio Sant Adrià, siendo el número de usuarios de La Mina cada vez más reducido.

Remarcados estos dos puntos clave negativos en el último lustro de La Mina, es hora también de mencionar las mejoras que ha experimentado el barrio en los últimos años. Aquí predominan las inversiones en urbanismo (ese sector en el que siempre quisieron invertir tanto Ayuntamiento como gobierno) para mejorar el equipamiento del barrio.

La red de transporte público ha mejorado, con un tranvía que atraviesa la nueva rambla de La Mina; se ha edificado una biblioteca nueva moderna y espaciosa; se han construido varios centros religiosos; se ha abierto la escuela de primaria Mediterrània, el instituto Fòrum 2004 y la comisaría de policía; a su vez, se ha rehabilitado parte de los edificios de La Mina Vieja, lo cuál ha permitido reordenar algunos espacios libres entre bloques.

En materia social, sin embargo, tal y como hemos mencionado a lo largo de este apartado, las inversiones han sido muy reducidas y por debajo de las exigencias de los vecinos.

El autor de esta serie de libros, de cara al futuro, sitúa como ejes fundamentales para los próximos años seguir presionando para “echar fuera” a los políticos actuales que actúan en función de sus intereses y concienciar a la población de que la solución a este problema está en manos de los vecinos y que, sin sus reivindicaciones o exigencias, el barrio nunca habría salido ni saldrá adelante.

A título personal, Monferrer asegura que le gustaría poder ver, algún día, a La Mina siendo un barrio “en el que se pueda vivir” y no “un espacio permanente de especulación política económica”.

En definitiva, durante su creación en el franquismo como polígono residencial para dar hogar a los habitantes de las barracas, La Mina ha sido un barrio olvidado y abandonado, en el que las inversiones únicamente se han llevado a cabo cuando había intereses políticos detrás, como es el caso del Fórum 2004.

## **4.2. LOS PROBLEMAS DE CONVIVENCIA SOCIAL**

Una vez repasada la historia de La Mina, conviene concluir este marco teórico con un apartado que profundice un poco más en la problemática social, ya discutida en el apartado anterior, para comprender la realidad del día a día en La Mina, que, en definitiva, es el objetivo principal del reportaje que procede a esta introducción de carácter teórica.

Un ejemplo claro de los problemas de convivencia en el barrio lo podemos encontrar en el escrito *Familia y Bienestar Social: Barrio de La Mina, Propuesta de Trabajo Comunitario*. En este trabajo, editado en el año 1988, un grupo de vecinos recopila cómo es el día a día en el barrio con el objetivo de concienciar sobre la realidad del “mundo marginal” existente en La Mina. Cabe destacar también que la redacción final del plan de trabajo presentado corrió a cargo de la Fundación Familia y Bienestar Social.

La realidad social del barrio de La Mina aparece en las primeras páginas del libro. El famoso escritor Francesc Candel señala en el prólogo de este trabajo que, a pesar del fuerte vínculo que tiene con el barrio, le parecen “infrachumanas” las condiciones de vida. Tras muchos alejado de La Mina, regresó y comprobó que seguía siendo el mismo “callejón sin salida suburbial” que dejó, con las lógicas “mutaciones” que comporta el paso de los años.

El grupo de vecinos que elabora el trabajo va más allá incluso, señalando en el apartado que dedican a contextualizar a La Mina como un barrio “tan dejado de la mano de dios como de los hombres”, en el que abunda la “pobreza física y psíquica”.

Los autores atentan directamente con la planificación inicial del barrio, asegurando que la distribución en bloques de edificios con 40 viviendas por escalera era más perjudicial para la convivencia que las propias barracas, dónde todas las casas eran de planta baja y estaban distribuidas en calles.

El hecho de que 500 personas estén en constante movimiento diario por la misma puerta, indica, no ayuda a la integración, sino que genera conflicto por desconocimiento entre los vecinos y falta de control social. La localización del barrio,

además, cercano a un polígono industrial con térmicas, naves industriales y bidones, supone un marco geográfico desintegrador que no favorece la convivencia.

Junto a esto, se critica la falta de criterios éticos o sociales para distribuir a la gente en los bloques. Estas personas, desconocidas entre ellas, se vieron obligadas a convivir en un ambiente que no era el suyo, lleno de delincuencia e impunidad policial. Todo esto, en consecuencia, alimentaba una sensación clara de incomodidad y desconfianza.

La mencionada problemática social del barrio se agravaba constantemente por tres inestabilidades principales:

- Inestabilidad familiar, en la que se encuentra el deterioro de parejas, padres o hijos; abandonos; separaciones y maltratos, que repercuten de forma directa en la población infantil y joven.
- Inestabilidad cultural, asentada por el gran número de posturas preconcebida respecto a lo que viene de fuera.
- Inestabilidad económica, una consecuencia directa de las anteriores y centrada en el gran número de vecinos dedicados de actividades marginales y trabajos no oficiales, como la venta ambulante, chatarra o ferias.

Este plan comunitario también contempló la realización de un estudio antropológico, del que se extrajo que la población joven, que vivía en una muy mala situación, era de gran importancia para el barrio. La Mina era un centro neurálgico en la ciudad de Barcelona de distribución de droga, hecho, que, además, facilita el consumo de la gente joven.

La propuesta de trabajo colectivo que proponen a través de su estudio, recordemos, elaborado ya en el año 1988, pedía una inversión total de 99.496.490 pesetas (unos 567.000 euros) para aplicar en los siguientes aspectos:

- Estudio antropológico
- Programa de alfabetización, en el que se incluían talleres, cursos de moda y confección, consejos para la venta ambulante y ayudas para el carnet de conducir.

- Programa para la infancia, en el que se contemplaba una parte dedicada a mejora de infraestructuras y otra para desplegar las actividades necesarias.
- Programa de tiempo libre para los jóvenes.
- Proyecto de autonomía.
- Plan de drogodependencia.

El encargado de cerrar este libro, así como la propuesta de trabajo comunitario, es Paco Marín, el portavoz de la Asociación de Vecinos y posteriormente elegido regidor y teniente alcalde, tal y como mencionamos en la parte inicial del apartado anterior.

En su cierre, Marín dice que La Mina es la prueba definitiva de que en el campo social no siempre es mejor un remedio cualquiera que la propia “enfermedad”:

“Lo único que buscaban de verdad era la concentración del problema, como objetivo prioritario de una política social de exclusión. El centro (político, económica, cultural...) aboca el problema a la periferia. Un simple desplazamiento territorial deja las cosas tal y como están o, si eso, las empeora... para otros”.

El plan contó con el apoyo de 3.000 vecinos y fue presentado con el fin de alcanzar un “futuro esperanzador”. Ahora, 31 años después, hemos comprobado que este tipo de movilizaciones y propuestas no consiguieron alcanzar su objetivo, mientras que el tejido social del barrio se sigue debilitando.

En último lugar creo que es conveniente sacar algunas reflexiones que el antropólogo David Lagunas recoge en su libro *Segregar, Producir y Contestar: Una etnografía con gitanos andaluces de La Mina*, publicado en el año 2010.

En este escrito, Lagunas habla sobre uno de los grandes colectivos del barrio que también aparece representado mi reportaje. El escritor habla sobre la frustración que sentía inicialmente a la hora de hablar y entrevistar a gitanos, ya que no podía llevar ningún tipo de grabadora o libreta porque estos se sentían incómodos y se resistían a toda costa, mostrando, así como eran sus relaciones con los payos e, incluso, con gitanos que no conocían.

El trabajo de este antropólogo en relación a los gitanos de La Mina, principalmente provenientes de Jaén, está realizado en tres grandes periodos, del 1988 al 1991, siendo este un joven universitario, del 1997 al 1998, trabajando como antropólogo en el Ayuntamiento de Sant Adrià, y entre 1998 y los 2000, ahora sí, como parte del equipo de trabajo de la asociación de gitanos andaluces. De esta forma, el estudio de Lagunas es el más completo publicado en lo que a gitanos en La Mina respecta.

A la hora de hacer trabajo de campo, como mencionamos, el autor se encuentra problemas para conseguir información de los gitanos. Estos se cierran por banda y evitan hablar. Un recurso común, que también he comprobado a la hora de realizar mi reportaje, es que preguntan constantemente para saber qué intereses esconden tus preguntas. Los periodistas intentan acortar distancias y conectar con ellos, pero los gitanos no tienen intención de hacerlo y mantienen una distancia constante, creando así frustración e incomodidad en el entrevistador.

En lo que respecta a la visión de los gitanos de La Mina desde fuera, el autor señala que se ha construido a lo largo de los años un imaginario del miedo basado en dos ejes.

Por un lado, se habla de que en La Mina sólo hay gitanos, cuando de los 21.000 residentes en la fecha de publicación de este libro únicamente había entre 3.000 y 3.500 gitanos, es decir, en torno a un 16,6% de la población.

Por otro lado, encontramos el tema de la droga. Ya no solo en La Mina, sino en otras zonas de España, se ha generalizado y relacionado siempre a gitanos con la venta de droga, cuando en realidad, según datos de la policía en el año 1991, alrededor de 5.000 gitanos estaban relacionado con el menudeo de la heroína, es decir, un 0,3% de la población gitana total en España. En el caso de La Mina, además, los gitanos han organizado y han apoyado manifestaciones contra la droga y el racismo, para hacer frente a este estigma colectivo creado contra ellos.

El problema que encuentra el antropólogo con los gitanos de La Mina, en definitiva, es el típico que se ve con este colectivo en otras partes del país: la generalización abusiva. Las personas acostumbran a meter en el mismo saco y etiquetar de la misma manera a los gitanos, cuando en realidad se trata de un grupo plural y diverso. Todo

esto se sustenta a través del fatalismo político, la hostilidad, el sentimiento de rechazo, los debates desesperantes y la metafísica romaní; que derivan en una construcción política general contra el colectivo gitano.

Lo curioso es que, en el campo antropológico e, incluso, en el ámbito de los *gitanólogos*, no existe un consenso claro a la hora de interpretar los diversos mundos simbólicos propios de los gitanos y personas de origen romaní. En definitiva, los antropólogos consideran que no existe un romaní típico-ideal, tal y como nos intentan hacer creer las construcciones sociales políticas.

En el caso concreto de La Mina, los gitanos se encuentran un gran problema: ¿Cómo pueden mantenerse como gitanos en un mundo de payos? Los gitanos andaluces que llegaron al barrio se encontraron de frente con un espacio social completamente racializado, excluido y segregado, fruto del desequilibrio económico y el acceso diferencial al mercado de la vivienda que afectaba a los barraquistas de los años 60, aquellos que fueron expropiados y recolocados en La Mina, tal y como explicamos en apartados anteriores.

En este contexto tan complejo, marcado por la descoordinación administrativa o las leyes poco operativas faltas de proyección a largo plazo, los gitanos andaluces se encargaron de liderar, desde el entorno asociativo, un conjunto de acciones sociales, políticas y culturales que contribuyeron, de forma decisiva, a dinamizar la vida social y facilitar su integración en el barrio de La Mina.

Junto al aspecto social, las familias de gitanos trabajaron para abarcar otros aspectos. De aquí surgen modelos económicos centrados en los mercados ambulantes, que ocupan a la mayoría de población gitana del barrio, y una notable diversificación hacia otras ocupaciones relacionadas con el nicho de la cultura.

En definitiva, los gitanos andaluces en el barrio de La Mina tuvieron que adaptarse y convivir en un espacio complejo que partía, como es habitual, del estereotipo negativo. Aún así, fueron capaces de salir adelante gracias a las movilizaciones sociales y culturales para, poco a poco, integrarse en el día a día del barrio. Todo esto no evita que, debido al trato recibido durante los años, sigan presentando esta coraza de desconfianza y distancia con los que consideran desconocidos o interesados.

## **5. EL REPORTAJE**

Jueves. 10:00 horas de la mañana. El cielo gris cubre la ciudad de Barcelona. Las nubes ocultan todo atisbo de luz. Hace frío. No mucho, pero suficiente para que no sea agradable salir a la calle. El paseo principal del barrio de La Mina (Sant Adrià de Besòs, Barcelona) está vacío. El ruido brilla por su ausencia.

Una larga avenida de asfalto separa dos grandes bloques de hormigón de baja calidad. Dos grandes edificios de materiales precarios, prefabricados, en los que deben vivir cientos de personas. Las ventanas son de hierro, con verjas, como si de celdas se tratara. Hierros oxidados. Prisiones antiguas y deterioradas. De las ventanas cuelgan pequeños tendederos. La ropa, igual que el ruido, brilla por su ausencia. Las ráfagas de viento mueven las prendas que están tendidas a la intemperie, y hacen que la ropa acabe en lo alto de las copas de los árboles. No es algo aislado. Es algo habitual. Pantalones. Zapatillas. Mantas. Colchones. Todo queda enredado en lo más alto de los árboles de este lúgubre paseo. En La Mina, por la *decoración* de sus grandes y envejecidos árboles, se viste de Navidad todo el año. Aún así, nadie dice nada. No hay nada que celebrar.

Al bajar la mirada, por los suelos, basura a raudales. Papeles. Comida. Ropa. Jeringuillas. Plásticos. La basura es otro de los *adornos* habituales de este barrio. Las papeleras están llenas a rebosar, más que los buzones de los *Reyes Magos* en Navidad. En ellas no hay deseos, sino restos de vidas que desearían cambiar. Residuos de personas que preferirían marchar. Nubes en el cielo. Calles vacías. Basura por los suelos. Ropa en los árboles. Pobreza en el ambiente. La Mina. Jueves. 10:00 de la mañana.

La Mina es uno de los barrios con peor fama y más estigmatizados de toda el área metropolitana de Barcelona. Desde su creación en el año 1969, con el objetivo de agrupar a las familias de barracas en un único polígono residencial, el barrio ha destacado por su *mala prensa* y el constante flujo de información relacionado con la delincuencia y la drogadicción. Los vecinos de La Mina coinciden en que el relato construido por los medios es “exagerado” y que las creencias populares están mal influenciadas por reportajes y películas como *Perros Callejeros* (1977). “Solo

hablaba de delincuencia y mala vida. En vez de servir para algo, manchó el nombre de La Mina”, explicaba Toni, un gitano que vive desde hace 31 años en el barrio.

Los gitanos son una parte importante del barrio de La Mina. Para realizar este reportaje, por lo tanto, era necesario conocer su visión para entender la naturaleza y el día a día del barrio. Acceder a ellos, sin embargo, iba a ser más difícil de lo que pensaba en un principio.

Jueves. 10:30 de la mañana. La suciedad y el olor a marihuana acompañan a los pocos *valientes* que deciden salir a pasear. Biblioteca Font de la Mina. Un edificio grande y moderno, que rompe al completo con la escasa inversión de los grandes e iniciales bloques del barrio. Un centro cultural acogedor y apetecible en un barrio incómodo y desagradable. En la puerta de este *oasis* hay un hombre moreno con una barba *de dos días* canosa. Bajo el ojo derecho un lunar envejecido, a tono con su piel, arrugada y deteriorada pese a que aparenta ser una persona que no supera los 50 años de edad.

Javier López González es su nombre. Nacido en Cádiz y licenciado en agronomía y filología, Javier vive en Barcelona desde hace más de 30 años. Su gran pasión es el Flamenco, él mismo se hace llamar *flamencólogo*, pero se gana el pan cada día como inspector jefe del servicio de calidad comercial en la importación de alimentos en la Aduana de Barcelona. Fuera de su trabajo real, también ayuda en uno de los colegios del barrio. Un lado solidario que le vincula a La Mina desde hace tiempo.

—Te tratarán con *buen rollo*, pero nunca desarrollarán un grado de confianza máxima ni se abrirán contigo.

—¿Por qué? —le preguntaba mientras paseábamos por las afueras del mercado del barrio.

—Porque no vives aquí. Te ven como alguien de fuera, un intruso; ni siquiera conmigo, que estoy aquí casi todos los días, se abren por completo. Saben que no soy *uno de los suyos*.

Con la prensa es todavía peor —continuaba con un tono serio— Siempre te van a contar su versión de los hechos. Saben que se les estigmatiza y se cierran por banda ante cualquier posible amenaza.

Trabajar con gitanos es difícil. Hacerlo en el barrio de La Mina, por lo que decía Javier, todavía más. Según explicaba, los gitanos lo controlan “absolutamente todo” y están por encima policía o “cualquier tipo de autoridad”. Si les intentas rebatir, puedes ofenderles y crear un clima tenso que derive en enfrentamientos.

Los gitanos son un colectivo que basa gran parte de su cultura y educación en el respeto, pero “a su forma”. Dentro de La Mina, igual que en otros territorios en los que son mayoritarios, se dividen en clanes. Si les eres fieles, se hablará bien de ti y podrás aspirar a una vida mejor. Por el contrario, relataba Javier, si cometes algún acto de “infidelidad” y se sienten traicionados, el mundo caerá sobre ti.

Enfrentamientos. Heridas. Tiroteos. Muerte.

“Lo mejor que puedes hacer es pasarme una encuesta para entender mejor el barrio”. Con esas palabras y esa idea tan contraria a la que estaba en mi cabeza me recibió Montero durante una de mis tantas visitas al barrio. Otro jueves más. A las 10:30 de la mañana. En La Mina.

El típico yayo entrañable y sabio de cualquier serie. Así era Montero. Bajito y rechoncho. Cara redonda y sonrisa permanente que acentúa las arrugas de sus pómulos. Boina clásica de cuadros sobre la cabeza. Pantalones de chándal oscuros y anchos, de esos para ir lo más cómodo posible.

Montero había crecido y vivido en La Mina. Para muchos era un vecino más, para mí era, como si de un periodista internacional en un país remoto se tratara, un *fixer*. Un punto de referencia. Esa llave para abrir todas las puertas que se pusieran en mi camino a la hora de conocer el barrio.

Cuando le expliqué el objetivo de mi trabajo me lanzó una mirada un tanto desoladora. Por su cabeza debía rondar esa idea de “Uf, otro periodista más”.

—Eso que me dices es un poco ambicioso —explicaba sin mucho entusiasmo— el barrio es muy grande. Hay gente que trabaja. Gente en paro. Gente conflictiva. Gente normal... Es prácticamente infinito.

Montero explicaba por activa y por pasiva que la gente del barrio no querría hablar conmigo. Que sería muy difícil encontrar una muestra representativa. “Hay gente metida en la droga, por ejemplo, que no va a querer hablar contigo”, insistía.

—¿Pero usted, ya que es alguien que ha vivido toda la vida aquí, no podría presentarme a algunos vecinos?

—Han hechos tantos reportajes en los más de 40 años que llevo aquí. Siempre es la misma historia con los periodistas. Hay familias que si te abren las puertas de su casa una vez las tendrás abiertas para toda la vida, pero la mayoría de los gitanos se van a negar o te van a pedir dinero —matizaba para acabar con mis esperanzas.

La idea de Montero era escribir una encuesta, anónima, de no más de cinco preguntas, para tener una idea general sobre qué tipo de gente componía el barrio. Este *plan perfecto* era también del agrado de Javier, quién respaldaba la visión de Montero y aseguraba que “el chico no puede abordar a la gente del barrio”.

A fecha de publicación de este reportaje, seis meses después de nuestro primer encuentro, todavía espero los resultados de aquella *encuesta milagro* que iba a resolver todas mis dudas en torno al barrio de La Mina.

La Mina es una zona sobrepoblada. Los datos oficiales cifran en 14.000 los residentes, lo que supone un 27,9% de la población total de todo Sant Adrià de Besòs. Los vecinos, por su parte, aseguran que son “muchos más”. Razón no les falta. De todos ellos, además, el 32,85% cuentan con rentas inferiores al umbral de pobreza, lo que convierte al barrio en una de las zonas con mayor índice de desigualdad de toda el área metropolitana de Barcelona.

La mayor forma de entender la realidad de La Mina es con la comparación. Contrastar con su alrededor. No con el resto de la ciudad, con las zonas más ricas, sino con los barrios más cercanos, prácticamente limítrofes. Siguiendo el camino de la línea T4 del Tram Besòs podemos ver como la inversión pública se va reduciendo y como en escasos 15 minutos pasamos de uno de los centros neurálgicos de la ciudad (Glòries) al gueto en el que *han convertido* a La Mina.

Glòries. Ca l'Aranyó. Pere IV. Fluvià. Selva de Mar. El Maresme. Fòrum. Campus Diagonal-Besòs. En solo una parada dejamos atrás aquel espació que maravilló y entusias mó a partes iguales a inicios de siglo, el Fòrum de Culturas, y llegamos a la entrada de un barrio en el que las maravillas y entusiasmo brillan por su ausencia. Especulación. Una *buena*, quizás menos mala, pero con consecuencias positiva. La otra, un desastre.

Bajo del tranvía en Campus Diagonal-Besòs. Un jueves, a eso de las 10:30 de la mañana. Los grandes edificios quedan atrás. La avenida está repleta de obras, grafitis y monstruosos bloques de pisos. En este punto todavía el ambiente no está tan diferenciado. Bajando por el Carrer de Ana Frank, sin embargo, la Barcelona moderna desaparece y comienza a vislumbrarse el día a día de los vecinos (olvidados) de La Mina.

Los edificios envejecen con cada uno de mis pasos. La Mina está cerca. Tres gitanos hacen guardia frente a la puerta de un bajo a medio construir. Entran y salen, uno a uno, sin articular palabra, mientras el resto vigila. Siguiendo mi camino llego a un parque. A estas horas no hay niños. Por no haber, ni tan siquiera hay vecinos paseando; pero eso no quiere decir que el espacio esté vacío. Basura. Dejadedez. Olor a orina y excrementos. Más basura. Más dejadedez.

Debajo de todo, el *adorno* más especial de toda la colección: jeringuillas. Pequeños artefactos de plástico que utilizan las personas para drogarse. Grandes. Pequeñas. En el césped. Sobre los bancos. Las jeringas son las auténticas reinas del parque. Según datos oficiales, en 2018 tan sólo en el Parc del Besòs se recogieron 15.699 jeringuillas usadas. Un incremento del 30,4% respecto al año anterior. La droga vuelve con fuerza a La Mina. La droga que nunca se fue. La droga que nunca se irá.

Bajando por el Carrer del Mar me topo con una pareja joven que toma café y fuma en una terraza. El Bar San Martiño 2. El bar de Paqui. La chica me explica como La Mina cambia por completo en función de la hora del día a la que pasees. Por la mañana, como los jueves a las 10:30, el ambiente es más tranquilo y solitario. A la noche, el barrio cambia por completo.

—A partir de las 20:00 no tiene nada que ver con lo que estás viendo ahora, comienza a salir el *turismo* —cuenta haciendo referencia a los drogadictos que vienen de toda la ciudad.

—Sobre las 23:00 de la noche te encontrarás a gente que no has visto nunca —añade su pareja— esos son los que yo llamo *vampiros*.

La seguridad es uno de los aspectos que más preocupa a los vecinos del barrio de La Mina. La sensación es que la policía no hace nada por detener este flujo *turístico* nocturno que deja tantos *recuerdos* en los parques. En los últimos dos años, el número de operaciones contra la droga en La Mina se han reducido drásticamente. Ahora, tras las redadas en el distrito de Ciutat Vella, la droga vuelve a ser un tema a la orden del día en el barrio; y parece que Los Mossos no hacen nada por solucionarlo.

La mejor forma de saber cómo se valora la actuación de la policía en el barrio es preguntado a, en palabras de Javier, “la verdadera autoridad” de La Mina: los gitanos. Toni es el elegido para analizar el trabajo de los Mossos. Nacido en Jerez de la Frontera, este gitano lleva 31 años viviendo en el barrio, desde que le ofrecieron venir a trabajar de albañil durante la preparación de los Juegos Olímpicos de Barcelona (1992).

Toni es alto y de piel muy morena. Moreno de obra. Moreno gitano. Su pelo, largo con greñas a la altura de la nuca, debía ser oscuro, pero todo su color se esconde bajo incontables canas. Sus manos son grandes y toscas, se nota que durante años fueron sus principales herramientas. Su mirada está perdida, mirando con cierta desconfianza a su alrededor. No me conoce. No se fía de mí.

Su apariencia, a diferencia de su cabello, sí que es oscura a todos los niveles. De abajo a arriba. Vaqueros bien planchados. Azul oscuro. Sudadera bien puesta. Negro oscuro. Gabardina larga (muy larga), con bolitas blancas, pero de color gris. Gris oscuro. Rompiendo con todo, dos cosas. Por un lado, sus zapatillas, deportivas y rojo eléctrico, recién sacadas de la caja. Por otro, sus joyas. Cadena de oro. Pulsera de oro. Reloj plateado. Bisutería brillante. Baratijas cantosas. Joyas gitanas. Gitanas de verdad.

—¿Cómo valora el trabajo de los Mossos d'Esquadra en el barrio?

—Me has tocado un punto del que te voy a hablar con toda la claridad del mundo entero —responde Toni, cuya cara esboza un gesto de odio y rabia— Pasarán 200 veces con los coches, verán a gente pinchándose, pero no hace una *puta mierda* por el barrio. Mirar la hora y dar vueltas. Eso es lo que hacen. Una *puta mierda* te digo.

Toni describe la nula relación que tiene con los policías. Con el último cambio de equipo en el barrio, se le acercó un día *un tal* José, que “nada más” le pedía información sobre el tráfico de droga.

—Mira José —recrea con tono dramático— Puedo ser amigo tuyo, pero no me hables de según qué cosas porque yo no soy ningún chivato. Si vienes es porque quieres, no soy yo el que te llama; eres tú el que viene a mí.

Este tipo de comportamientos, detalla, son los que *cortan el rollo* a los gitanos de La Mina. En especial a vecinos como Toni, que se describe a sí mismo como “una persona que le encanta hacer el bien a todo el mundo”.

Toni se queja de una supuesta obsesión de los Mossos con los gitanos. La policía, para ellos, solo está para *tocar los cojones* y multarles en situaciones tan “comunes” como fumar porros por la calle. “Les alimentamos con nuestro dinero y no hacen nada por el barrio”.

Para nuestro gitano el gran problema que atenta contra la imagen del barrio y la convivencia es la droga. Razón no le falta. En 2018 pasaron por la sala la venopunción de La Mina 3.909 personas. Hace sólo dos años, en 2016, los drogadictos atendidos no superaban los 741. De esta forma, la sala de La Mina tiene

un flujo de usuarios superior al total combinado de las ocho salas que tiene Barcelona. Un único barrio, de 14.000 habitantes, agrupa más consumo que una ciudad de millón y medio de habitantes.

Pero no sólo aumenta el número de personas, las asistencias realizadas en las salas de venopunción en Sant Adrià de Besòs ascendieron a 86.407 en 2017. En Barcelona, una vez más, el dato combinado se redujo hasta las 29.949 asistencias. El dato más representativo para ilustrar este cambio de paradigma es que del número total de personas atendidas en la sala de La Mina, únicamente el 2,5% eran de Besòs. El 67,2% de sus usuarios provenían de Barcelona; una prueba más de que La Mina vuelve a ser el destino por excelencia de los drogadictos en la ciudad condal.

Toni intenta desvincular de mi mente la relación entre narcopisos y gitanos. Los gitanos, explica, únicamente se dedican al tráfico de marihuana, una actividad que no hace daño a nadie.

—Si tienes una plantación de marihuana no estás haciendo daño a nadie. No estás matando a nadie —dice con tono amigable— A la única que dañas es a Endesa, por eso van los Mossos detrás nuestra. Son unos sinvergüenzas subvencionados por Endesa.

De todos los pisos del bloque Venus, el más antiguo y conflictivo del barrio de La Mina, el 75% dispone de conexión eléctrica ilegal y el 16% está ocupado por plantaciones de marihuana (reconocidas). Un problema bastante importante. Además, en este mismo edificio, ese que tiene plantaciones que *no hacen daño a nadie*, el 54% de los vecinos tienen deudas pendientes con los gastos de la comunidad; mientras que el 31% de las viviendas son ocupaciones irregulares.

—Los gitanos, entonces, ¿No tienen nada que ver con el tráfico de heroína y cocaína en el barrio?

—Lo que más movemos es marihuana. —explica tranquilo y seguro— El 90% de los gitanos somos analfabetos, así que o bien te dedicas a vender en mercadillos, o a la chatarra, o ya me dirás tú que hacemos. Ya me entiendes.

Tú ponte en la situación. Si no tienes trabajo y tienes una familia, dices, *pues oye*, pillo un *cuartucho* y pongo seis o siete focos. No estás matando a nadie y lo terminas haciendo. Creo que esto ha abierto las puertas a muchas familias sin recursos que necesitaban comer —concluye.

Si miramos los datos oficiales, la situación de los vecinos de la calle Venus concuerda con el relato de Toni. El 65% de las familias que habitan en las 244 viviendas que hay, repartidas en seis escaleras, están catalogadas como “vulnerables socialmente”. A su vez, el 42% de las personas están atendidas por los servicios sociales y el 23% de los hogares no cuentan con ingresos regulares.

Partiendo de la base, pues, de que la marihuana no es un negocio que perjudique el barrio, me pregunto, ¿De dónde viene el grave problema de la droga en el barrio de La Mina? Toni lo tiene muy claro: los *bunkers*. Narcopisos distribuidos por los edificios más antiguos y deteriorados del barrio en los que se vende y consume droga, especialmente heroína y cocaína, a gran escala.

Estos pisos provocan que haya un flujo constante de personas en los rellanos. Saliendo y entrando de *viviendas*. Los *yonkis* pasean a sus anchas por los edificios, en especial por Venus, y llenan todo de basura, la misma que *adorna* los árboles, los parques y las calles del barrio. Basura en las escaleras. Orina en los portales. Excrementos en los rellanos. Gritos de madrugada. Jeringuillas de *regalo*. Así son los *turistas* de La Mina. Los *vampiros* que sólo salen por las noches.

—Este tipo de droga está dañando bastante. Atrae a gente *extranjera* —matiza con cierto desprecio— que no conocemos. Rumanos. Todos iguales. No tienen vergüenza ni escrúpulos. Se matan entre ellos y se pinchan en cualquier lado, sin importarles que haya mujeres o niños sentado a su lado.

Aquí reside el problema real con la actuación de los Mossos d’Esquadra en el barrio. Los vecinos, y más concretamente los gitanos, sienten que la policía se centra más en conexiones eléctricas ilegales o plantaciones de marihuana a menor escala que en el “problema real” que mancha y daña al barrio. Los narcopisos.

Esta versión de Toni, sin embargo, contrasta mucho con los reportajes e investigaciones previas realizadas en La Mina. En una pieza elaborada por la periodista Mayka Navarro, publicada el 3 de mayo en La Vanguardia, se detalla la actuación de los clanes gitanos como grandes amos de la droga en el barrio.

La periodista señala que existe una veintena de pisos repartidos por La Mina en los que se consume droga. Junto a ello, explica como los gitanos “han aprendido” a colocar al frente del negocio a “vendedores paja”. De esta forma, de puertas para afuera, los que parecen estar al mando de estos pisos son toxicómanos de origen magrebí, que únicamente venden y recogen el dinero de los *clientes*.

Los principales puntos de venta, situados entre los bloques de Venus y Saturno, están controlados por el clan de los Manolos. Por las calles Marte y Levante, son los Baltasar los que gestionan la droga. El resto de núcleos, de tamaño mucho más breve, están regentados por familias mucho menos influyentes como los Cortés, los Heredia, los Cascabeles o los Apolonio.

En relación al origen de la mercancía, la heroína, principalmente, es de origen pakistaní. La cocaína, por su parte, sigue regentada por uno de los clanes más conocidos e históricamente influyentes en la ciudad, el de los Jodorovich.

Es cierto que la actuación de los Mossos d’Esquadra contra el tráfico de drogas en La Mina se ha ido reduciendo en los últimos años, únicamente hay que ver los datos antes expuestos. Lo que también es cierto es que parte de este *mundillo* está regentado por gitanos, por mucho que Toni piense que a ellos les encanta “hacer el bien” y que la policía es la única que *toca los cojones*. La Mina. Droga. Mossos. Gitanos. Conflicto. El pan de cada día.

Más allá de la droga, otro de los grandes problemas de La Mina es la *convivencia*. Paseo por las anchas avenidas de La Mina. Un jueves. A las 10:00 horas de la mañana. Algunos vecinos comienzan a salir de sus pisos para hacer las primeras compras del día. Otros tan sólo pasean. El día acompaña. Hace sol.

Analizando a las personas que se dejan ver las calles a estas horas uno puede entender la situación social del barrio. Habitualmente, en otras zonas de Barcelona, por la mañana la mayor parte de movimiento suele estar protagonizado por gente de la tercera edad, esa que no trabaja y dispone del suficiente tiempo libre para caminar durante todo el día. En La Mina, al contrario, la media de edad se reduce considerablemente. La tasa de paro registrado ronda el 17%, cuatro puntos y medio más que la media en España. La gente no trabaja. La gente quiere salir de casa.

La presencia de gitanos es alta. Prácticamente mayoritaria. Son las personas que caminan con mayor tranquilidad y sentimiento de “control”, seguros en cada uno de sus pasos en uno de los barrios más peligrosos del territorio. Los gitanos de La Mina, sin embargo, no se sienten parte de Barcelona. Por no sentirse, ni tan siquiera se sienten catalanes. Según me explicaba Javier, el colectivo se siente estigmatizado. Comprenden que son un barrio que no preocupa ni al ayuntamiento ni al gobierno y que se han acabado convirtiendo en un gueto.

Toni, nuestro gitano, reconoce sin problemas que La Mina ha sido siempre un barrio gitano. En lo referente al sentimiento de pertenecer a Barcelona o Cataluña prefiere no extenderse. Responde con pocas palabras. Con lo justo. Corito y al pie. Sin margen a que haya *feedback* en la conversación.

—En Gràcia se sienten catalanes porque es lo que son. —relata serio y conciso— Gitanos catalanes, o como nosotros decimos, *cafeletes*. Aquí hay mucha mezcla de gitanos de toda España, no nos podemos sentir parte de nada.

Los conflictos entre familias y clanes gitanos, en especial en este barrio, son habituales. O al menos eso nos llega por las grandes cabeceras de prensa. Toni, de primeras, quiere quitarle hierro al asunto, y hace hincapié en el respeto que existe entre el colectivo. Cuando le pregunto por enfrentamientos que haya presenciado, su discurso empieza a cambiar.

—Eso no es algo que... no, aquí no hay —sentencia, de forma tajante para evitar cualquier repregunta.

Con el paso de las horas, habiendo visitado el barrio y habiendo hablado abiertamente de la *puta mierda* de servicio de los Mossos para reducir tensiones, Toni cambia el discurso. La coraza gitana empieza a caerse. Sigue explicando una realidad un tanto sesgada, pero sus respuestas son más largas y mucho más cercanas.

—Las peleas de gitanos —ahora si que las reconoce— son como enfrentar un león y un tigre, aquí no hay *gatitos*, es un duelo para ver quién muerde más fuerte.

—Entiendo, entonces, que si qué hay algunos roces entre los propios gitanos dentro del barrio —le respondo con un tono lo más amigable posible, casi riéndole cada una de sus gracias.

—Nos llevamos muy bien y nos respetamos, pero todo gira en torno a *las familias*. Si eres de una familia muy grande todo el mundo te respetará.

Nosotros somos más de 400 en la familia, ¿Quién se va a meter con nosotros? —explica entre carcajadas— Hay que medir las palabras; no te va a venir todo el mundo, *así como así*, hay que ir con mucho cuidado.

Una familia grande la de Toni. En una de nuestras conversaciones, otro de tantos jueves, a las 10:00 de la mañana, en La Mina, me explicaba qué “El Vaquilla” formaba parte de ella. Toni aseguraba que el famoso gitano, al cuál describía como un niño “sin control” que malvivió por falta de referentes (no tenía padre y su madre era prostituta), era sobrino de su abuelo. Gitanos. Grandes familias. Respeto y miedo a partes iguales.

Visto lo visto, la mala (o nula) convivencia en el barrio de La Mina no es consecuencia directa del malestar entre las familias gitanas. Ahondando un poco más, Javier, nuestro licenciado en filología y agronomía, va un paso más. Para él, como persona que no reside en el barrio pero que lleva años visitándolo casi a diario, el gran problema es *el racismo*.

En los últimos años, la inmigración ha aumentado en La Mina. Atrás quedaron los tiempos de migraciones nacionales en la segunda mitad del siglo XX, ahora la población mayoritaria que llega al barrio es latina, paquistaní y árabe.

Javier es muy claro con su explicación. La Mina es una zona pobre. El espacio es reducido y las subvenciones no alcanzan para todo el mundo. Es por esto por lo que los gitanos, para él, ven al resto de inmigrantes que llegan al barrio como “enemigos”, personas que vienen a quitarles sus viviendas y ayudas; gente que viene a controlar *su* barrio.

—Es un problema muy importante. No se suelen llevar bien entre ellos (gitanos, *pakis*, *moros* y latinos). No hay una convivencia como tal en el barrio, tan solo coexisten por pura obligación —sentencia.

A priori, el escenario que presenta Javier es el típico de los barrios periféricos y desestructurados no sólo de Barcelona, sino de cualquier otra gran ciudad. Para ver si el problema de convivencia, o coexistencia, es tan grave, recurrimos, una vez más, a *nuestro hombre*.

—Con el auge de la inmigración en el barrio, ¿Cómo lleváis la convivencia con los nuevos vecinos que llegan al barrio?

—Yo la verdad es que no soy racista... —dice Toni, seguro y confiado de la firmeza de su afirmación— Pero el tema este de los paquistaníes no está haciendo ningún bien, ni al barrio, ni a Cataluña, ni a España en general.

“No soy racista, pero...”. Como decía un buen profesor mío, después del “pero” siempre viene la verdad. Desde el primer momento, sin saberlo, Toni está dejando clara cuál es su postura frente a la población inmigrante. En el caso de la gente de origen paquistaní, conocidas popularmente como *pakis*, el mayor problema que ve Toni es que no aportan beneficio alguno a las arcas españolas. Vienen. Ahorrar. Y mandan todo el dinero para sus hogares, lejos de La Mina. Lejos de Cataluña. Lejos de España.

—Si ganas dinero aquí, debes adaptarte a la vida de aquí y gastarte el dinero aquí —explica con tono serio— No se adaptan a lo nuestro; te repito que no soy racista, *ni mucho menos*, pero es que ni te saludan por calle. Los únicos que dejan dinero aquí son los chinos, esos si que gastan y se adaptan, o al menos lo intenta.

Junto al tema económico, Toni también destaca los problemas culturales. En su vecindario, el cual describe como “el Pedralbes de La Mina”, ve a diario como estos *intrusos* se instalan y “se niegan” a adaptarse. Como, ni tan siquiera, se toman un café con los “amigos españoles” que él considera que deberían tener.

—Se juntan solo entre ellos —explica en referencia a los *pakis* y los *moros*— Creen que todavía están en su país y lo hacen todo igual, perdona, pero tú te tienes que adaptar a lo nuestro, tienes que saber muy bien dónde estás. Nosotros estamos antes que tú, y como estamos antes tenemos más derecho que tú para disfrutar de esto”.

En la escala de mala convivencia, junto a *moros* y *pakis*, Toni guarda un lugar especial para los rumanos. “Son el *nova más*”, dice. Gente, como hemos señalado antes cuando hablábamos sobre la drogadicción y los narcopisos, que únicamente viene a consumir y ensuciar el barrio. Jeringuillas. En parques. En rellanos. En casas. Muchas jeringuillas.

—Esta *gentuza* no tiene trabajo o vida estable, solo roba y no hace nada —el tono de su voz comienza a mostrar signos evidentes de cabreo— ¡A tomar por culo! *Asin* de claro ¡A tu país hombre! ¡A tu país y no hay más!

El último colectivo del que hablamos en el tema de la convivencia, una vez se desahogó y comenzó a mostrar un tono más tranquilo, fue el sudamericano. En este caso, Toni no cree que los gitanos les odien. No detestan tanto su forma de ser, ya que consideran que los inmigrantes latinoamericanos, al menos, hacen por adaptarse a las costumbres del barrio. Sin embargo, sigue habiendo comportamientos propios de ellos que impiden, en sus propias palabras, que exista una convivencia como tal.

El problema principal que ven, como bien relataba Javier, es que una competencia en el mercado laboral. Aunque Toni no lo expresa exactamente así. Para él, los sudamericanos llegan y aceptan trabajos con salarios muy precarios y malas condiciones laborales, provocando así que “se rompa en dos días” el sistema de trabajo por el que han estado luchando (los españoles) durante años.

—De golpe hay un trabajo por 600 euros, y claro, como español no lo acepto, no puedo vivir con eso, pero ellos vienen y lo aceptan. Así nunca avanzaremos —dice sin ningún ápice de *racismo*—.

Esto tanto hombres como mujeres *eh*. —prosigue— No veas el tema de mujeres limpiando en hoteles. A una española le metes caña toda la semana, menos el domingo; con ellos no, ellos están dispuestos a trabajar todos los días y si hay un festivo, ¡Pues también! No son malas personas, pero esto no nos hace ningún bien.

Curioso es recordar, ahora que recopilamos todas estas conversaciones, lo que explicaba Toni al principio de conocernos, en esos momentos en los que la *distancia de seguridad* estaba en su grado máximo. Toni aseguraba, con un tono muy tranquilo, que La Mina es uno de los pocos barrios que existe en Cataluña.

—Barrio se le llama cuándo hay una comunidad, una convivencia. De 200 personas que pasan por la calle, 180 me van a saludar; a eso se le llama *barrio* —concluía, olvidando por completo a todos aquellos inmigrantes que *no se adaptan*.

Toni ha tenido comentarios para todos los colectivos. Menos para los gitanos. Menos para los españoles. La conflictividad que se percibe desde fuera es real. Si hablas con los vecinos más veteranos del barrio, lo negarán. Ellos, igual que los medios, han construido su relato. Ellos lo hacen todo bien. Los problemas del barrio están en el resto. Creando un paralelismo político, para el Ayuntamiento y el Govern de la Generalitat, sus medidas sociales en La Mina están genial ejecutadas, pero son los vecinos los que impiden el progreso. Distintas visiones de un mismo problema. El oprimido convertido en opresor. El racismo y el conflicto en su mayor grado. No hay convivencia. Ni tan siquiera coexistencia. Nada más queda la supervivencia.

Jueves. 10:00 horas. La Mina. En la terraza del Bar Paqui, pequeñito pero con buena fama, la pareja de jóvenes fuma y bebé café, como casi cada día. Ambos, hombre y mujer, son *educadores de calle*, profesionales encargados de trabajar con chicos del barrio que superan los 16 años para motivarles a seguir estudiando para

poder encontrar un trabajo el día de mañana. Su labor es difícil, trabajar con *chavales* de familias desestructuradas no es tarea sencilla, pero en La Mina todo es peor. Todo se complica todavía más.

—Los chavales jóvenes se acuestan a las 5:00 de la mañana y se levantan al mediodía. Los chicos con las videoconsolas. Las chicas con el móvil hasta tarde. Siempre que veo su última conexión en WhatsApp les digo, “qué madrugadoras, ¿No?” —comenta la mujer de cabello oscuro con humor.

—No hacen nada. No trabajan. No estudian. Intentan pasar la mayor parte del día durmiendo para evadirse de la realidad. —continúa el hombre— Si estuvieran trabajando tendría que adaptarse a una rutina; y no quieren.

La población de La Mina no ha mejorado mucho en los últimos 30 años, en lo que a materia educacional respecta. Según datos oficiales, el 6,2% de los vecinos no sabe ni leer ni escribir, es decir, son considerados analfabetos, y el 27,1% no ha finalizado los estudios primarios. Para hacernos una idea más clara de la difícil tarea a la que se enfrentan profesores y educadores, el absentismo escolar en La Mina es de récord, con un 40% en colegios y un 76,9% en los centros de educación secundaria.

La clave, explicaban mientras sus cigarrillos y cafés se consumían, es encontrarles una motivación para que salga de ellos hacer algo.

—Tuve un caso de un chaval que estaba a punto de conseguir un trabajo. Nada más le quedaba la última entrevista en la que tenía que llevar la documentación. — explica con cierta pena en sus palabras— Esa misma mañana me lo encontré paseando con el padre y le dije que había perdido una gran oportunidad por haberse quedado durmiendo un rato más. Él se rió y me dijo que estaba cansado.

—Eso no quiere decir que sean malos chavales —seguía su pareja, intentando darle un tono más optimista a la conversación— lo que pasa es que la gente tiende a relacionarlo. Luego te encuentras a gente maravillosa.

El problema es de base, les cuesta mucho cambiar los hábitos y se acaban frustrando mucho al ver que no pueden cumplir con unos mínimos, como cuando quieren sacarse el carnet de conducir. No tienen comprensión lectora —concluye.

Los profesores no lo tienen mucho mejor que los educadores. En este caso, Javier, que trabaja como voluntario en el colegio, relata la frustración que supone para los docentes trabajar en los centros del barrio.

Paseamos frente al patio de uno de los colegios. Moderno. Recién pintado. Y me explica los problemas a los que se enfrentan a diario. A las presiones de algunos padres por avanzar más rápido. A las necesidades de otros que ven como sus hijos no llegan. A la pasividad y la falta de educación de otros tantos.

El analfabetismo está a la orden del día. Muchos chicos no saben leer, hablan a gritos en clase y no pueden, no quieren, trabajar en casa. En cuanto pueden, además, aprovechan la oportunidad y dejan los estudios para comenzar a trabajar. “Cuando algún alumno nos dice que quiere ir a la universidad se celebra como una gran victoria”, explica apenado.

Otro espacio con mucha inversión pero que, lastimosamente, no puede ser aprovechado al máximo, es la biblioteca municipal. En ella, otro jueves, a las 10:00 horas, en La Mina, hablo con Javier y Montero, mi *fixer*, el típico *yayo entrañable*, sobre los problemas de la población más joven.

—En los niños encontramos un porcentaje de obesidad muy alto, y encima apenas duermen —explica Javier—. El clima en casa tampoco es el ideal, sin una figura paternal clara que les eduque, se acaban yendo a dormir a las tantas. Es como si viviéramos en una burbuja aquí en La Mina.

—La mayoría de gitanos trabajan. Al ser mayoría, hacen que los estudios en general en sus clases vayan peor —puntualiza Montero.

El problema de los gitanos con sus hijos es algo de lo que hasta los propios gitanos son conscientes. En el caso de Toni, se considera afortunado por haber podido llevar a sus hijos a estudiar fuera del barrio y haberles inculcado unos hábitos sanos, basados en estudiar, hacer deporte y una cultura del esfuerzo basada en el respeto.

La mayoría de gitanos del barrio, sin embargo, no tienen ese pensamiento. “Están 50 años atrasados”, asegura Toni, “Les da todo igual y convierten a los niños en carne de presidiarios”.

La labor de los padres es fundamental para que las nuevas generaciones salgan adelante. En el caso de La Mina, dónde el absentismo escolar es algo habitual, todavía más. Para resumir su importancia, no se me ocurre mejor manera de expresarlo que con una metáfora de Toni.

—Los hijos son como un árbol; y los padres somos los encargados de enderezarlo. Si lo plantas tienes que ir jugando con él. El árbol se irá moviendo *pa' quí y pa' llá* — explica mientras mueve sus manos de un lado a otro— Y tu labor es ir poniendo palitos y regarlo. Si lo dejas crecer a su manera, *mal rollo*.

La vida en el barrio de La Mina es muy compleja, muy variada. Paseando por las calles. Un jueves. A las 10:00 horas. Puedes ver de todos. Árboles *decorados* de ropa. Calles *adornadas* con basura. Regalos en forma de *jeringuillas* por la calle. Ancianos. Jóvenes. Gitanos. *Pakis*. *Moros*. Latinos. La diversidad cultural y social en La Mina es algo prácticamente inaudito en la ciudad de Barcelona. Algunos pueden pensar que sobre el papel esto puede llegar a ser positivo. Sin embargo, en la práctica, tener a familias en situaciones tan precarias y disruptivas, tan diferentes entre sí, juntas en un mismo espacio, es algo rotundamente negativo.

Es muy difícil crear un relato uniforme sobre la vida en La Mina. Es muy diversa. Muy amplia. Muy “ambicioso”, en palabras de Montero. Aun así, a través de todas mis conversaciones con vecinos. Jóvenes y mayores. Españoles y gitanos. Se pueden extraer algunos sentimientos, algunas sensaciones, comunes a todos.

En el plano superficial, los vecinos de La Mina intentan disfrutar al máximo de su vida en La Mina. Conviviendo con su entorno y disfrutando al máximo de la cercanía a Barcelona. Ya me explicaba Toni, que La Mina es una zona “envidiosa” por la cantidad de espacios libres y verdes para que sus *chavales* jueguen a la pelota. Un sitio que tiene Barcelona y la playa a un tiro de piedra.

—Vivir aquí es un lujo —decía con cierto tono apenado—. Si no fuera porque la tenemos (a La Mina) margina. Hay conflictividad en todos lados, pero aquí se quedó la mala fama. La *mancha*.

La Mina podría haber sido un barrio con potencial. Un barrio humilde, pero saneado y agradable para vivir. La Mina, en realidad, ha terminado siendo una zona en la que nadie quiere vivir, sino sobrevivir. Un barrio en el que no se convive, se coexiste. Un área con conflictos, no residencial.

—¿Hay gente que viva en La Mina porque realmente quiera estar en este barrio?

—No conozco a nadie que viva aquí porque le guste. Es un barrio bonito, pero te voy a decir una verdad como un castillo —relataba Toni, mirándome a los ojos con la mayor sinceridad posible—. A mí me toca algo y me voy de aquí.

A mis hijos les he criado bien, pero tengo nietos en camino y no sé qué va a pasar el día de mañana con ellos; porque vamos para atrás, como los cangrejos.

Sinceridad. Tristeza. Supervivencia. La Mina. Jueves. 10:00 de la mañana.

## **6.BIBLIOGRAFÍA**

Caparrós, M. (2007). *Por la crónica*. 27 de febrero de 2019, de IV Congreso Internacional de la Lengua Española Sitio web:  
[http://congresosdelalengua.es/cartagena/ponencias/seccion\\_1/13/caparros\\_martin.htm](http://congresosdelalengua.es/cartagena/ponencias/seccion_1/13/caparros_martin.htm)

Caparrós, M. (2015). *Lacronica*. Barcelona: Círculo de tiza.

Cedó, Fede. (2019). *Más de 15.000 jeringuillas en las zonas infantiles del Besòs*. 26 de marzo de 2019, de La Vanguardia Sitio web:  
<https://www.lavanguardia.com/local/barcelona/20190118/454188865991/la-mina-sant-adria-consumo-droga-jeringuillas.html>

Família i Benestar Social (Fundació). (1988). *Barri de la Mina: proposta de treball comunitari*. Barcelona: La Llar del Llibre.

Garcia-Planas, P. (2010). *Jazz en el despacho de Hitler: Otra forma de ver la guerra*. Barcelona: Península.

Garcia-Planas, P. (2011). *La revancha del reportero*. Barcelona: Diéresis.

Garcia-Planas, P. (2011). *Cómo un ángel sin permiso*. Barcelona: Ediciones Carena.

Lagunas, D. (2010). *Segregar, producir, contestar: Una etnografía con gitanos andaluces de la mina*. Barcelona: Entinema (Grupo La Catarata).

Mailer, N. (2009). *En la cima del mundo*. Madrid: 451 Editores.

Mailer, N. (2012). *Un arte expectral: Reflexiones sobre la escritura*. Barcelona: BackList.

Mailer, N. (2013). *El Combate*. Barcelona: Contra.

Monferrer I Celades, J.M. (2012). *El camp de la bota Francesc Abad: Un espai i una història*. Barcelona: Ediciones Octaedro, S.I.

Monferrer I Celades, J.M. (2013). *La història de Sant Adrià llegida des de La Mina: Un espai cobejat i una història conflictiva*. Barcelona: Ediciones Octaedro, S.I.

Monferrer I Celades, J.M. (2014). *Història del barri de La Mina (1969-2000) Vol 2*. Barcelona: Ediciones Octaedro, S.I.

Monferrer I Celades, J.M. (2016). *El pla de transformació de La Mina, 2000-2015 Vol. 3*. Barcelona: Ediciones Octaedro, S.I.

Navarro, M. (2019). *Los clanes de la droga campan a sus anchas en la Mina*. 5 de mayo de 2019, de La Vanguardia Sitio web:

<https://www.lavanguardia.com/local/barcelona/20190503/462002922853/la-mina-clanes-droga-narcopisos.html>

Ricart Ulldemolins, Núria. (2009). *Cartografies de La Mina: Art, espai públic, participació ciutadana* (Tesis doctoral). Universitat de Barcelona, Barcelona.

Wolfe, T. (2012). *El Nuevo Periodismo*. Barcelona: Anagrama.